

Gérard de Nerval



Aurèlie
o el sueño y la vida

MALDOROR ediciones



Gérard de Nerval

AURÉLIE
O EL SUEÑO Y LA VIDA

Traducción: Jorge Segovia

MALDOROR ediciones

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada
por los editores, viola derechos de copyright.
Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Título de la edición original:

Aurèlie, ou le rêve et la vie

Gallimard, París 1974

© Primera edición: 2009
© Maldoror ediciones
© Traducción: Jorge Segovia

ISBN 13: 978-84-96817-91-3

MALDOROR ediciones, 2009
maldoror_ediciones@hotmail.com
www.maldororediciones.eu

AURÈLIE
o el sueño y la vida

PRIMERA PARTE

I

El sueño es una segunda vida. Nunca pude cruzar sin estremecerme esas puertas –de marfil o de cuerno– que nos separan del mundo invisible. Los primeros instantes del sueño son como una imagen de la muerte. Una especie de velado letargo acaba por apoderarse de nuestro pensamiento, y no podemos determinar el instante preciso en que el *yo*, bajo otra forma, prosigue la obra de la existencia. Se trata de un amorfo subterráneo que se ilumina poco a poco, y donde se desprenden de la sombra y la noche las pálidas figuras hieráticas e inmóviles que pueblan el territorio del limbo. Después el cuadro adquiere forma, y una claridad nueva ilumina cinéticamente esas apariciones extrañas: el mundo de los espíritus se abre entonces para nosotros.

Swedenborg llamaba a esas visiones *Memorabilia*, y frecuentemente tenían su origen en el delirio más que en el sueño. *El Asno de Oro*, de Apuleyo, y *La Divina Comedia* de Dante, son los modelos poéticos de esos estudios del alma humana. Voy a intentar aquí, siguiendo su ejemplo, transcribir las impresiones de una larga enfermedad que se desarrolló en los arcanos de mi espíritu; y no sé por qué utilizo el término enfermedad, pues nunca, en lo que a mí se refiere, llegué a gozar de mejor salud. A veces, creía que mi fuerza y actividad eran redobladas; me parecía saberlo todo, comprenderlo todo; la imaginación me procuraba delicias infinitas... Al recobrar eso que los hombres llaman la razón, ¿tendré que lamentar haberlas perdido?

Esa *vita nuova* consistió para mí en dos fases. He aquí las notas que se refieren a la primera.

Una mujer a la que llamaré Aurèlie -y a la que amé durante mucho tiempo- podía considerarla ya como perdida para mí. Poco importan las circunstancias de ese acontecimiento que habría de tener tanta influencia en mi vida. Cada cual puede buscar en sus recuerdos la emoción más dolorosa, el golpe más terrible con que el destino haya castigado su alma; entonces hay que resolver entre morir o vivir: diré más adelante por qué no escogí la muerte. Condenado por aquella a la que amaba, culpable de una falta de la que no esperaba ya perdón, no me quedaba otra cosa que entregarme a los excesos más vulgares: así, fingí alegría e indolencia, y corrí el mundo, locamente seducido por la variedad y el capricho; me gustaban sobre todo las indumentarias y las extrañas costumbres de lejanos países; me parecía que desplazaba así las condiciones del bien y del mal; los términos, por decirlo así, de lo que es *sentimien-* *to* para nosotros los franceses. “Qué locura -me decía- amar así con un amor platónico a una mujer que ya no nos ama. Es culpa de mis lecturas; he tomado en serio las invenciones de los poetas, y he construido una Laura o una Beatriz de una persona cualquiera de nuestro siglo... Pasemos a otras intrigas, y ésta quedará pronto olvidada. El vértigo de un alegre carnaval en una ciudad de Italia desterró todas mis ideas melancólicas. Me sentía tan dichoso por el alivio que experimentaba, que acabé por hacer partícipes de mi alegría a todos mis amigos, y, en mis cartas, les presentaba como una constante del estado de mi espíritu lo que no era sino excitación febril.

Un día, llegó a la ciudad una mujer de gran renombre, que se hizo amiga mía y que, acostumbrada a gustar y a deslumbrar, me arrastró sin dificultad al círculo de sus admiradores. Después de una velada en la que había estado a la vez natural y llena de un encanto del que todos padecemos las consecuencias, me sentí enamorado de ella hasta el punto de que no quise demorar ni un instante la ocasión de escribirle. ¡Era tan feliz de sentir a mi corazón capaz de un amor nuevo...! Convine en utilizar, en ese entusiasmo falaz, las fórmulas mismas que, tan poco tiempo antes, me habí-

an servido para pintar un amor verdadero y largamente puesto a prueba. Una vez que partió la carta, hubiese querido retenerla, y me fui a soñar en soledad con lo que me parecía una profanación de mis recuerdos.

La noche devolvió a mi nuevo amor todo el encanto de la víspera. La dama se mostró sensible a lo que yo le había escrito, a la vez que mostraba cierto asombro por mi súbito fervor. Yo había franqueado, en un día, varios estratos de los sentimientos que pueden concebirse por una mujer con apariencia de sinceridad. Me confesó que le causaba turbación a la vez que la hacía sentirse orgullosa. Traté de convencerla; pero por mucho que quisiera decirle, no pude volver a encontrar después el diapasón de mi estilo, de manera que me vi obligado a confesarle, con lágrimas, que me había engañado a mí mismo al pretender seducirla... Al parecer, mis sentidas confianzas tuvieron sin embargo algún encanto, y la dulcedumbre de una amistad más fuerte sucedió a unas vanas protestas de ternura.

II

Más tarde, la encontré en otra ciudad, donde se encontraba la mujer a la que yo seguía amando sin esperanza. Un azar hizo que se conocieran entre ellas, y la primera tuvo oportunidad, sin duda, de enternecer con respecto a mí a la que me había desterrado de su corazón. De modo que un día, encontrándome en una reunión de la que formaba parte ella, la vi venir a mí y tenderme la mano. ¿Cómo interpretar ese gesto y la mirada profunda y triste con que acompañó su saludo? Creí ver en esto el perdón del pasado; el acento divino de la piedad daba a las sencillas palabras que me dirigió un valor inexplicable, como si un componente religioso se mezclara a las dulzuras de un amor hasta entonces profano, y le imprimiese el carácter de la eternidad.

Una urgente obligación me empujaba a regresar a París, pero sobre la marcha tomé la decisión de no permanecer más que unos pocos días y volver al lado de mis dos amigas. La alegría y la impaciencia me produjeron entonces una especie de aturdimiento que se complicaba con el cuidado de los asuntos que tenía que llevar a cabo. Una noche, hacia las doce, atravesaba el arrabal donde se encontraba mi alojamiento, cuando, al levantar casualmente los ojos, me fijé en el número de una casa iluminado por un farol. Esa cifra se correspondía con mi edad. Enseguida, al bajar la mirada, vi ante mí a una mujer de tez macilenta y ojos hundidos, que parecía tener los mismos rasgos de Aurèlie. Me dije: “Es *su muerte* o la mía lo que me es anunciado”. Pero no sé por qué me atuve a la última suposición, y me impresioné con la idea de que habría de ser al día siguiente a la misma hora.

Aquella noche tuve un sueño que vino a confirmar mis temores. Erraba por un vasto edificio compuesto de distintas salas, de las cuales unas estaban dedicadas al estudio, otras a la conversación o a las discusiones filosóficas. Me detuve con interés en una de las primeras, donde creí reco-

nocer a mis antiguos maestros y condiscípulos. Las lecciones sobre los autores griegos y latinos aún seguían desarrollándose, con ese monótono zumbido que parece una plegaria a la diosa Mnemosine... Después pasé a otra sala, donde tenían lugar conferencias filosóficas. Participé en ellas durante algún tiempo, luego salí para buscarme una habitación en una especie de hostería de escaleras inmensas, que bullía de viajeros atareados.

Me perdí más de una vez en aquellos largos corredores y, al atravesar una de las galerías centrales, me llamó la atención un extraño espectáculo. Un ser de tamaño desmesurado -hombre o mujer, no lo sé-, revoloteaba penosamente en la alturas y parecía debatirse entre nubes espesas. Falto de aliento y de fuerza, acabó por caer, finalmente, en mitad del oscuro patio, enganchando y desgarrando sus alas a lo largo de los tejados y las balaustradas. Pude contemplarlo un instante. Estaba teñido con tintes bermellones, y sus alas brillaban con mil reflejos tornasolados. Vestido con un largo traje de pliegues antiguos, se parecía al ángel de la *Melancolía*, de Albrecht Dürer... No pude reprimir un grito de terror, que me despertó sobresaltado.

Al día siguiente, me apresuré a ir a ver a todos mis amigos. Mentalmente me despedí de todos y cada uno, y, sin decirles ni una palabra de lo que ocupaba mi espíritu, diserté apasionadamente sobre temas místicos; incluso llegué a asombrarlos con una elocuencia fuera de lo común; me parecía que lo sabía todo, y que los misterios del mundo se me revelaban en esas horas supremas.

Al anochecer, cuando la hora fatal parecía acercarse, disertaba con dos amigos, sentados a la mesa de un casino, sobre la pintura y la música, definiendo desde mi punto de vista la generación de los colores y el sentido de los números. Uno de ellos, llamado Paul***, quiso acompañarme a mi casa, pero le dije que todavía no me retiraba.

- ¿A dónde vas? -me preguntó.

- *Hacia el Oriente.*

Y mientras me acompañaba, me puse a buscar en el cielo una estrella, que creía conocer, y a la que atribuía alguna

influencia sobre mi destino. Después de encontrarla, proseguí mi deambular siguiendo las calles en cuya dirección era visible, yendo por decirlo así al encuentro de mi destino, y queriendo percibir la estrella hasta el momento en que la muerte hubiera de alcanzarme. Al llegar sin embargo a la confluencia de tres callejuelas, no quise ir más lejos. Me parecía que mi amigo desplegaba una fuerza sobrehumana para hacerme cambiar de lugar, crecía a mis ojos y tomaba la apariencia de un apóstol. Tuve la sensación de que el lugar donde estábamos comenzaba a levitar, y que perdía las formas que le daba su configuración urbana... -Sobre una colina, rodeada de vastas soledades, esa escena se convertía en el combate de dos Espíritus y como una tentación bíblica.

- “¡No! -decía yo-, no pertenezco a tu cielo. En esa estrella están los que me esperan. Son anteriores a la revelación que has anunciado. Déjame reunirme con ellos, pues aquella a la que amo les pertenece, y es allí donde debemos reunirnos”.

III

Aquí empezó para mí lo que llamaré el desbordamiento del sueño en la vida real. A partir de aquel momento, todo tomaba a veces un aspecto doble, y eso, sin que el razonamiento careciese nunca de lógica, sin que la memoria perdiese los más leves detalles de lo que me sucedía. Sólo que mis acciones –insensatas en apariencia–, estaban como sometidas a lo que llaman ilusión, según la razón humana...

En muchas ocasiones me ha asaltado la idea de que, en determinados momentos graves de la vida, algún Espíritu del mundo exterior se encarnaba de pronto en la forma de una persona ordinaria, y actuaba o intentaba actuar sobre nosotros, sin que esa persona lo supiese o guardase un recuerdo de ello.

Mi amigo me había abandonado, viendo que sus esfuerzos eran inútiles, y creyéndome sin duda presa de alguna idea fija que nuestra deambulación acabaría aplacando. Al encontrarme solo, no sin esfuerzo reanudé mi camino en dirección de la estrella sobre la que fijaba sin interrupción mis ojos. Al hilo de mi errancia, cantaba un himno misterioso del que creía recordar que lo había escuchado en alguna otra existencia, y que me colmaba de una inefable alegría. Al mismo tiempo, abandonaba mi ropaje terrestre y lo dispersaba a mi alrededor. El camino parecía elevarse constantemente y la estrella aumentar de tamaño. Después, me quedé con los brazos extendidos, esperando el momento en que el alma iba a separarse del cuerpo, atraída magnéticamente por el rayo de la estrella. Entonces sentí un escalofrío; la añoranza de la tierra y de aquellos a los que en ella amaba sobrecogió mi corazón, y supliqué tan ardientemente en mí mismo al Espíritu que me atraía hacia él, que me pareció que volvía a descender entre los hombros. En torno a mí, unos gendarmes que hacían su ronda nocturna ; –tenía entonces la sensación de que me había vuelto muy grande,– y de que, enteramente imbuido de

fuerzas eléctricas, iba a derribar todo lo que se me acercaba. Sin duda, algo de cómico debió haber en el cuidado que puse en respetar las fuerzas y la vida de los gendarmes que me habían recogido.

Si no creyese que la misión de un escritor es analizar sinceramente lo que experimenta en las graves circunstancias de la vida, y si no me propusiera un objetivo que considero útil, me detendría aquí, y no intentaría describir lo que experimenté después en una serie de visiones insensatas tal vez, o quizá vulgarmente enfermizas... Tumbado sobre un camastro, creí ver al cielo retirar sus velos y abrirse en mil aspectos de inaudita magnificencia. El destino del Alma liberada parecía revelarse a mí como para apesadumbrarme por haber hecho pie con todas mis fuerzas en la tierra que iba a abandonar... Inmensos círculos se dibujaban en el infinito, como las ondas que se forman en el agua disturbada por la caída de un cuerpo; cada región, poblada de figuras radiantes, cobraba movimiento, se coloreaba, y se fundía alternativamente, y una divinidad, siempre la misma, se desprendía sonriente de las furtivas máscaras de sus diversas encarnaciones, y se refugiaba al fin, inasible, en los místicos esplendores del cielo de Asia.

Por uno de esos fenómenos que todo el mundo ha podido experimentar en el curso de determinados sueños, esa visión celeste no me dejaba insensible a lo que sucedía a mi alrededor. Tumbado en un catre, oía cómo los agentes charlaban de un desconocido arrestado como yo, y cuya voz resonaba en la misma sala. Por un singular efecto de vibración, me parecía que esa voz retumbaba en mi pecho y que mi alma se desdoblaba, por decirlo así, —distintamente repartida entre la visión y la realidad. Por un instante, tuve la idea de volverme hacia aquel del que hablaban, pero al momento me estremecí al recordar una tradición muy conocida en Alemania, según la cual cada hombre tiene un *doble*, y que cuando le ve, es señal de que la muerte está próxima. Cerré los ojos y caí en un confuso estado de ánimo en el que las figuras fantásticas o reales que me rodeaban se quebraban en mil apariencias fugitivas. En

determinado momento, vi cerca de mí a dos de mis amigos que me reclamaban, los agentes me señalaron, después la puerta se abrió y alguien de mi estatura, a quien no pude ver la cara, salió con mis amigos, cuya atención quise atraer en vano.

– ¡Se trata de un error! –exclamé–: ¡vinieron a buscarme a mí y es otro el que sale!

Armé tal algazara que acabaron por meterme en el calabozo.

Permanecí allí varias horas sumido en una especie de torpor; finalmente, los dos amigos que había *creído ver* antes vinieron a buscarme con un coche. Les conté todo lo acontecido, pero negaron haber venido durante la noche. Almorcé con ellos dando muestras de bastante tranquilidad, pero a medida que se acercaba la noche, me pareció que debía temer la hora misma que la *víspera* había estado a punto de resultarme fatal. Pedí a uno de ellos una sortija oriental que llevaba en el dedo y que yo consideraba como un antiguo talismán, y, cogiendo un pañuelo de seda, la anudé alrededor de mi cuello, procurando que el engaste, compuesto de una turquesa, quedase fijo sobre un punto de la nuca, donde sentía un vivo dolor. En mi opinión, ese punto era por donde el alma amenazaba con salir en el momento en que cierto rayo, surgido de la estrella que había visto la *víspera*, coincidiera relativamente conmigo desde su cenit. Y ya fuese por azar, o por efecto de mi intensa preocupación, el caso es que caí como fulminado a la misma hora que la *víspera*.

Me instalaron en un lecho, y durante mucho tiempo perdí el sentido y el nexos de las imágenes que se ofrecieron a mi vista. Ese estado duró varios días. Fui trasladado a una casa de salud. Muchos parientes y amigos me visitaron sin que yo llegase a tener conocimiento de ello. La única diferencia para mí entre la vigilia y el sueño era que, en la primera, todo se transfiguraba antes mis ojos; cada persona que se me acercaba parecía cambiada, los objetos materiales tenían como una penumbra que modificaba su forma, y los juegos de luz, las combinaciones de los colores, se des-

componían, de manera que me mantenían absorto en una constante serie de impresiones que se ligaban entre sí, y cuya probabilidad era continuada por el sueño, más desligado de los elementos exteriores.

IV

Una noche, me creí con certeza transportado a orillas del Rin. Veía ante mí unos roquedales siniestros cuyas siluetas se esbozaban en la sombra. Finalmente, entré en una acogedora casa cuyas ventanas –festoneadas por el emparado– eran atravesadas por los luminosos rayos del sol poniente. Me parecía regresar a una morada conocida, la de un tío materno, pintor flamenco, muerto desde hace más de un siglo. Los cuadros esbozados estaban colgados aquí y allá; uno de ellos representaba al hada célebre de esos parajes. Una vieja criada, a la que llamé Marguerite y que me parecía conocer desde la infancia, me dijo:

– ¿No se va a acostar un poco? Porque viene usted de lejos, y su tío regresará tarde; le despertaremos para la cena.

Me eché sobre una cama con columnas y colgaduras de zaraza con grandes flores rojas. Enfrente de mí había un rústico reloj colgado en la pared, y sobre ese reloj un pájaro que se puso a hablar como una persona. Se me ocurrió la idea de que el alma de mi antepasado estaba en ese pájaro, pero no me asombraba tanto de su lenguaje y su forma como del hecho de verme transportado un siglo hacia atrás. El pájaro me hablaba de personas de mi familia vivas o muertas en diferentes épocas, como si existieran simultáneamente, y me dijo:

– Como puede ver, su tío tuvo la intuición de pintar su retrato de antemano... Ahora, *ella* está con nosotros.

Dirigí mi mirada hacia una tela que representaba a una mujer vestida a la antigua moda alemana, inclinada sobre la orilla del río, y con la mirada fija en un matorral de nomeolvides. Entretanto, la noche caía poco a poco, y los aspectos, los sonidos y las sensaciones de los lugares comenzaron a confundirse en mi ánimo somnoliento; de súbito, creí caer en un abismo que atravesaba el globo. Me sentía arrastrado sin dolor por una corriente de metal fundido, por mil ríos semejantes, cuyos tintes indicaban las diferencias químicas, y que surcaban el seno de la tierra

como los vasos y las venas que serpentean entre los lóbulos del cerebro. Todos fluían, circulaban y vibraban así, y tuve el sentimiento de que esas corrientes estaban compuestas de almas vivas, en estado molecular, almas que sólo la rapidez de ese viaje me impedía distinguir. Una lechosa claridad se filtraba poco a poco en esos conductos, y vi finalmente ensancharse, como si de una vasta cúpula se tratara, un horizonte nuevo donde se dibujaban islas rodeadas de olas luminosas. Finalmente, me encontré en una costa iluminada por esa luz sin sol, y vi a un viejo que cultivaba la tierra. Reconocí en él al mismo que me había hablado por la voz del pájaro, y ya sea que me hablase, ya sea que lo comprendiese por mí mismo, se hizo evidente para mí que los antepasados adoptaban la forma de ciertos animales para visitarnos en la tierra, y que asistían así, —mudos observadores—, a las diversas fases de nuestra existencia.

El anciano abandonó su trabajo y me acompañó hasta una casa que se levantaba cerca de allí. El paisaje que nos rodeaba me recordaba al de una comarca del Flandes francés donde mis padres habían vivido y donde se encuentran sus tumbas; el campo rodeado de boscajes en la linde del bosque, el lago vecino, el río y el lavadero, el pueblo y su calle en pendiente, las colinas de oscura arcilla y sus matas de brezo y retama: imagen rediviva de los lugares que yo había amado. Sólo que la casa en la que entré no me era conocida. Comprendí que había existido en no sé qué época, y que en ese mundo que visitaba yo entonces, el fantasma de las cosas acompañaba al del cuerpo.

Me adentré en una vasta estancia donde estaban reunidas muchas personas. Por todas partes me encontraba con caras familiares. Los rasgos de los parientes muertos que yo había llorado se encontraban reproducidos en otros que, vestidos con ropajes más antiguos, me dispensaban la misma acogida paternal. Parecían haberse reunido para un banquete de familia. Uno de esos parientes se acercó a mí y me abrazó con mucha ternura. Llevaba un traje antiguo de colores casi pálidos, y rostro sonriente, con sus cabellos

empolvados, tenía algún parecido con el mío. De hecho, me pareció mucho más vivo que los demás y, por decirlo así, más en correspondencia con mi alma: era mi tío. Me instó a colocarme a su lado, y una especie de comunicación se estableció entre nosotros, pues en realidad no puedo decir que oyese su voz, sino sólo que, a medida que mi pensamiento se centraba sobre un punto, su explicación me resultaba clara inmediatamente, y las imágenes se precisaban ante mis ojos como pinturas animadas.

– ¿Así que es verdad? –decía yo con arrobó–: somos inmortales y conservamos las imágenes del mundo que hemos habitado... ¡Que felicidad pensar que todo lo que hemos amado existirá siempre a nuestro alrededor...! ¡Estaba muy cansado de la vida!

– No te apresures a regocijarte –dijo él–, porque aún perteneces al mundo de ahí arriba, y te quedan rudos años de prueba que soportar. La morada que tanto te hechiza también tiene sus dolores, sus luchas y peligros. La tierra donde hemos vivido sigue siendo el teatro donde se anudan y desanudan nuestros destinos; somos las llamas del fuego central que la anima y que ya se ha debilitado...

– ¿Cómo? –dije yo– ¿Acaso la tierra podría morir, y nosotros vernos invadidos por la nada?

– La nada –dijo– no existe en el sentido en que se acostumbra a entenderla; pero la misma tierra es un cuerpo material cuya alma es la suma de los espíritus. La materia es tan imperecedera como el espíritu, pero puede modificarse según el bien o el mal. Nuestro pasado y nuestro porvenir son solidarios. Vivimos en nuestra raza, y nuestra raza vive en nosotros.

Comprendí inmediatamente esa idea, y, como si las paredes de la estancia se hubieran abierto sobre perspectivas infinitas, me parecía ver una cadena ininterrumpida de hombres y mujeres entre los que estaba yo y que eran yo mismo; las indumentarias de todos los pueblos, los imágenes de todos las países aparecían nítidamente a la vez, como si mis facultades de atención se hubieran multiplicado sin llegar a confundirse, por un fenómeno espacial aná-

logo al del tiempo que concentra un siglo de acción en un minuto de sueño. Mi asombro creció al ver que esa inmensa enumeración se componía únicamente de las personas que se encontraban en la sala y cuyas imágenes había visto dividirse y combinarse en mil aspectos fugitivos.

- Somos siete -dije a mi tío.

- Ese es, en efecto -replicó él-, el número característico de cada familia humana, y, por extensión, siete veces siete, y más.

No puedo esperar hacer comprender esta respuesta, que para mí mismo ha quedado muy oscura. Ni siquiera la metafísica me ofrece términos para la percepción que entonces tuve de la relación de este número de personas con la armonía general. Es fácil concebir en el padre y la madre la analogía de las fuerzas eléctricas de la naturaleza; pero, ¿cómo establecer los centros individuales emanados de ellos, -de los que surgen, como una *figura* anímica colectiva, cuya combinación sería a la vez múltiple y limitada? Sería como pedir cuentas a la flor por el número de sus pétalos o las divisiones de su corola..., al suelo por las figuras que traza, al sol por los colores que origina.

V

A mi alrededor todo cambiaba de forma. El espíritu con el que conversaba no tenía ya el mismo aspecto. Era un joven que ahora, más que comunicárselas, recibía de mí las ideas... ¿Acaso me había aventurado demasiado lejos en esas alturas que dan vértigo? En cualquier caso, me pareció comprender que esas cuestiones eran oscuras o peligrosas, incluso para los espíritus del mundo que yo percibía entonces. Quizá también un poder superior me prohibía esas indagaciones. Me vi errando por las calles de una ciudad populosa y desconocida. Observé que era sinuosa por mor de las colinas y dominada por un monte completamente cubierto de casas. Entre los habitantes de esa capital, distinguí a ciertos hombres que parecían pertenecer a una nación singular; su aire vivaz y resuelto, el trazo enérgico de sus rasgos me hicieron pensar en las razas independientes y guerreras de los países montañosos o de ciertas islas poco frecuentadas por los extranjeros; en cualquier caso, era en medio de una gran ciudad y una población mezclada y banal donde sabían mantener así su hosca individualidad. ¿Quiénes eran, pues, esos hombres? Mi guía me hizo subir calles escarpadas y ruidosas donde resonaban los ecos diversos de la industria. Subimos aún largos trechos de escaleras, más allá de las cuales asomaba el paisaje. Aquí y allá, terrazas revestidas de enrejados, jardincillos dispuestos en aplanados espacios, tejados, pabellones airosamente contruidos, pintados y esculpidos con caprichosa paciencia; perspectivas enlazadas por largos corredores de trepador verdegay seducían al ojo y complacían al espíritu con la apariencia de un oasis delicioso, de una soledad ignorada por encima del tumulto y de esos ruidos de abajo, que allí no eran más que un murmullo. A menudo se ha hablado de naciones proscritas que vivían en la sombra de las necrópolis y catacumbas: aquí era sin duda lo contrario. Una raza feliz concibió ese retiro amado de los pájaros, de las flores, del aire puro y la claridad.

- Se trata -me dijo mi guía- de los antiguos habitantes de esa montaña que domina la ciudad donde nos encontramos en este momento. Vivieron allí mucho tiempo, sencillos de costumbres, amantes y justos, conservando las virtudes naturales de los primeros días del mundo. Los pueblos de su entorno les honraban y tomaban por modelos. Desde el punto donde estaba entonces, descendí, siguiendo a mi guía, a uno de aquellos altos habitáculos cuyas techumbres alineadas presentaban aquel extraño aspecto. Me pareció que mis pies se hundían en las capas sucesivas de edificios de diferentes épocas. Esas construcciones fantasmales descubrían siempre otras donde se distinguía el particular gusto de cada siglo, lo que me llevó a pensar en las excavaciones que suelen hacerse en las ciudades antiguas, bien que aquí todo era aéreo, vivo, animado por mil caprichos de la luz. Finalmente, me encontré en una vasta estancia donde vi a un anciano que trabajaba ante una mesa en no sé qué industriosa faena. En el momento en que franqueaba la puerta, un hombre vestido de blanco, del que apenas podía distinguir el rostro, me amenazó con un arma que tenía en la mano; pero el que me acompañaba le hizo seña de que se alejara. Parecía que hubiesen querido impedirme penetrar el misterio de aquellos retiros. Sin preguntar nada a mi guía, intuitivamente comprendí que esas alturas -y a la vez profundidades- eran el retiro de los habitantes primitivos de la montaña. Desafiando aún la invasora oleada de las acumulaciones de razas nuevas, vivían allí sencillos de costumbres, amantes y justos, hábiles, tenaces e ingeniosos, -y pacíficamente vencedores de las ciegas masas que tantas veces habían invadido su heredad. ¡Ah, sí!, ni corrompidos, ni asolados, ni esclavos; puros, aunque habiendo vencido la ignorancia; y conservando en la abundancia las virtudes de la pobreza. -Un niño se entretenía en el suelo con unos cristales, conchas y piedras talladas, haciendo sin duda de un estudio un juego. Una mujer de edad, pero todavía bella, se ocupaba de las labores de la casa. En ese momento, varios jóvenes entraron ruidosamente, como de regreso de sus trabajos. Me asom-

bré de verlos a todos vestidos de blanco; pero al parecer se trató de una ilusión de mi vista; para hacerla sensible, mi guía se puso a dibujar su indumentaria, que tiñó con colores vivos, haciéndome comprender que eran así en realidad. La blancura que me asombraba provenía, tal vez, de un brillo particular, de un juego de luz donde se confundían los matices ordinarios del prisma. Salí de la estancia y me vi en una terraza dispuesta en forma de breve jardín. Allí se paseaban y jugaban muchachas y niños. Sus vestimentas me parecían blancas como las otras, pero en este caso estaban adornadas con bordados de color rosa. Esas personas eran tan hermosas, sus rasgos tan graciosos, el fulgor de su alma traslucía tan vivamente a través de sus delicadas formas, que inspiraban todas una especie de amor sin preferencia y sin deseo, y resumía toda la embriaguez de las vagas pasiones de la juventud.

No puedo describir el sentimiento que experimenté entre esos seres encantadores que me resultaban queridos sin conocerlos. Era como una familia primitiva y celestial, cuyos ojos sonrientes buscaban los míos con una dulce compasión. Me puse a llorar con cálidas lágrimas, como ante el recuerdo de un paraíso perdido. Allí, sentí amargamente que era un transeúnte en aquel mundo a la vez ajeno y amado, y me estremecí ante el pensamiento de que debía regresar a la vida. En vano, mujeres y niños se agolpaban a mi alrededor como para retenerme. Sus formas seductoras comenzaron a fundirse en vapores confusos; aquellos bellos rostros palidecían, y aquellos rasgos acentuados, aquellos ojos deslumbrantes se perdían en una sombra donde aún relucía el último relámpago de la sonrisa...

Tal fue esa visión, o tales fueron cuando menos los principales detalles de los que he conservado memoria. El estado cataléptico en que me había encontrado durante varios días me fue explicado científicamente, y los relatos de aquellos que me vieron así me causaban una especie de hondo malestar cuando veía que atribuían a la aberración mental los movimientos o palabras que coincidían con las diversas fases de lo que constituía para mí una sucesión

lógica de acontecimientos. Me gustaban más aquellos de mis amigos que, gracias a una paciente complacencia o como consecuencia de ideas análogas a las mías, me animaban a narrarles con lujo de detalles las cosas que había visto en mi imaginación. Uno de ellos me dijo, llorando:

- ¿No es verdad que existe un Dios?

- ¡Sí! -le respondí con entusiasmo.

Y nos abrazamos como dos hermanos de esa patria mística que yo había entrevisto. ¡Qué dicha encontré al principio en esa convicción! Así esa duda eterna de la inmortalidad del alma que afecta a las mejores inteligencias se encontraba resuelta para mí. Se acabaron la muerte, la tristeza y la inquietud. Aquellos a los que amaba, parientes, amigos, me daban señales seguras de su existencia eterna, y ya no estaba separado de ellos más que por las horas del día. Esperaba las correspondientes a la noche con una dulce melancolía.

VI

Un sueño posterior que tuve me confirmó en ese pensamiento. Me encontré de pronto en una sala que formaba parte de la morada de mi antepasado. Parecía solamente haber aumentado de tamaño. Los viejos muebles relucían maravillosamente pulidos, los tapices y cortinajes estaban como remozados, una luz tres veces más brillante que la natural penetraba por la ventana y la puerta, y había en el aire un frescor y una fragancia de las primeras mañanas tibias de primavera. Tres mujeres trabajaban en esa estancia, y representaban, sin parecérselas en absoluto, a parientes y amigas de mi juventud. Parecía como si cada una tuviese los rasgos de varias de esas personas. Los contornos de sus rostros variaban como la llama de una lámpara, y en todo momento algo de una pasaba a la otra; la sonrisa, la voz, el matiz de los ojos, de los cabellos, la estatura, los gestos familiares se intercambiaban como si hubiesen vivido la misma vida, y cada una era así un compuesto de todas, semejante a esos tipos que los pintores imitan de varios modelos para conseguir una belleza completa.

La de más edad me hablaba con una voz vibrante y melodiosa que yo reconocía por haberla escuchado en la infancia, y aunque no sé qué me decía me impresionaba por su profundo sentido. Pero dirigió mi pensamiento sobre mí mismo, y me vi vestido con una menguada y oscura levita de forma antigua, completamente tejida a aguja con hilos tenues como los de las telarañas. Era coqueta, graciosa y estaba impregnada de dulces fragancias. Me sentía rejuvenecido por completo y hasta elegante con esa indumentaria que salía de sus dedos de hada, y les daba las gracias ruborizándome, como si no hubiese sido más que un niño pequeño delante de hermosas señora mayores. Entonces una de ellas se levantó y se dirigió hacia el jardín.

Todo el mundo sabe que en los sueños no se ve nunca el sol, aunque se tenga a menudo la percepción de una claridad mucho más viva. Los objetos y los cuerpos son lumi-

nosos por sí mismos. Me vi en un pequeño parque donde se prolongaban abovedadas parras cargadas de pesados racimos de uvas blancas y negras; a medida que la dama que me guiaba avanzaba bajo esas bóvedas, la sombra de las enlazadas parras hacía variar más a mis ojos sus formas y sus ropas. Finalmente salió del laberinto, y nos encontramos en un espacio descubierto. Apenas se percibía el rastro de antiguas alamedas que antaño lo dividían en cruz. El cultivo estaba descuidado desde muchos años atrás, y diseminadas plantas de clemátides, de lúpulo, de madre selva, de jazmín, de hiedra y aristoloquia, extendían entre unos árboles vigorosamente crecidos sus largas franjas de liana. Cargadas de frutas, algunas ramas se doblaban hasta el suelo, y entre las motas de hierbas parásitas se abrían algunas flores de jardín vueltas al estado salvaje.

Aquí y allá se levantaban macizos de álamos, de acacias y pinos, en cuyo seno se entreveían estatuas ennegrecidas por el tiempo. Ante mí pude ver un amontonamiento de rocas cubiertas de hiedra de donde brotaba una fuente de aguas vivas, cuyo chapoteo armonioso resonaba en un pilón de agua dormida y casi velada por las anchas hojas de nenúfar.

La dama a la que yo acompañaba, desplegando su talle esbelto con un movimiento que hacía espejear los pliegues de su vestido de tafetán tornasolado, rodeó graciosamente con el brazo desnudo un tallo de malvarrosa, después comenzó a crecer bajo un deslumbrante rayo de luz, de manera que poco a poco el jardín fue adquiriendo su forma, y los arriates y árboles se convertían en los rosetones y festones de sus ropas; mientras que su rostro y sus brazos imprimían sus contornos a las nubes empurpuradas del cielo. A media que se transfiguraba yo la perdía de vista, pues parecía desvanecerse por completo en su propio tamaño.

- ¡Oh, no huyas!... -exclamé-, pues la naturaleza muere contigo.

Al tiempo que decía estas palabras, caminaba penosamente a través de las zarzas, como para asir la sombra agranda-

da que escapaba de mí, pero me di de bruces con el lienzo de un devastado muro, a cuyo pie yacía un busto de mujer. Al levantarlo, tuve el convencimiento de que era *el suyo...*, reconocí rasgos queridos, y, dirigiendo los ojos a mi alrededor, vi que el jardín había tomado el aspecto de un cementerio. Unas voces decían: “¡El universo está en la noche!”.

VII

Este sueño dichoso en su inicio me sumió en una gran perplejidad. ¿Qué significaba? Sólo más tarde llegaría a saberlo: Aurèlie había muerto.

Al principio únicamente tuve noticia de su enfermedad. A consecuencia del estado de mi espíritu, sólo experimenté una especie de pesadumbre y esperanza a la vez. Creía que a mí mismo me quedaba poco tiempo por vivir, y estaba ahora seguro de la existencia de un mundo donde los corazones enamorados se encuentran. Por eso, ella me pertenecía mucho más en su muerte que en su vida... Pensamiento egoísta que mi razón habría de pagar más tarde con amargos arrepentimientos.

Aunque el azar hace cosas extrañas, no quisiera abusar de los presentimientos: lo cierto es que entonces estuve vivamente preocupado por un recuerdo de nuestra fugaz relación. Yo le había regalado una sortija de antigua orfebrería cuya piedra estaba formada por un ópalo tallado en forma de corazón. Como esa sortija era demasiado grande para su dedo, se me ocurrió la idea fatal de mandarla cortar para disminuir su aro; sólo comprendí mi error al oír el ruido de la sierra: me pareció ver brotar sangre...

Los cuidados del arte me habían devuelto la salud sin por ello reconducir todavía a mi espíritu el curso regular de la razón humana. La casa donde me encontraba, situada sobre un altozano, tenía un vasto jardín donde crecían árboles preciosos. El aire puro de la colina donde estaba situada, los primeros hálitos de la primavera, las dulzuras de una convivencia muy simpática, me aportaban largos días de calma.

Las primeras hojas de los sicomoros me encantaban por la vivacidad de sus colores, semejantes a los de la cola del pavo real. La perspectiva, que se extendía por encima de la llanura, presentaba de la mañana a la noche horizontes encantadores, cuyos graduados matices complacían a mi imaginación. Yo poblaba las laderas y nubes de figuras

divinas cuyos contornos me parecía ver nítidamente. Quise fijar más mis pensamientos favoritos, y, con ayuda de carbones y trozos de ladrillo que recogía, cubrí pronto las paredes de una serie de frescos donde se realizaban mis impresiones. Una figura dominaba sobre las demás: era la de Aurèlie, pintada con los rasgos de una divinidad, tal como me había aparecido en mi sueño. Bajo sus pies giraba una rueda, y los dioses eran su cortejo. Logré colorear ese grupo exprimiendo el jugo de las hierbas y las flores... ¡Cuántas veces he soñado delante de ese querido ídolo! Hice aún más: intenté modelar con tierra el cuerpo de la que amaba; todas las mañanas tenía que rehacer mi trabajo, pues los locos, celosos de mi felicidad, se complacían en destruir su imagen.

Me facilitaron papel y durante mucho tiempo me apliqué a representar, con mil dibujos acompañados de relatos, de versos e inscripciones en todas las lenguas conocidas, una especie de historia del mundo mezclada con recuerdos de estudios y fragmentos de sueños que mi preocupación hacía más sensible o cuya duración prolongaba. Así, no me demoraba en las tradiciones modernas de la creación. Mi pensamiento se remontaba más allá: llegué a entrever, como si de un recuerdo se tratase, el primer pacto celebrado por los genios sirviéndose de talismanes. Había tratado de reunir las piedras de la *Mesa sagrada* y representar a su alrededor a los siete primeros *Elohim* que se habían repartido el mundo.

Ese sistema de historia, tomado de las tradiciones orientales, comenzaba por el feliz acuerdo de los Poderes de la naturaleza, que formulaban y organizaban el universo. Durante la noche que precedió a mi trabajo, me creí transportado a un oscuro planeta donde se debatían los primeros gérmenes de la creación. Del seno de la aún maleable arcilla se levantaban palmeras gigantescas, euforbios venenosos y acantos retorcidos alrededor de los cactus; los áridos contornos de las rocas se erguían como esqueletos de ese esbozo de creación, y repugnantes reptiles serpenteaban, se ensanchaban o se redondeaban en medio de la inex-

tricable red de una vegetación salvaje. Sólo la pálida luz de los astros iluminaba las azulosas perspectivas de ese extraño horizonte; sin embargo, a medida que esas creaciones se iban conformando, una estrella más luminosa sacaba de ellas los gérmenes de la claridad.

VIII

Después los monstruos cambiaban de forma y, despojándose de sus primitivas pieles, se alzaban más poderosos sobre patas gigantescas; la enorme masa de sus cuerpos rompía las ramas y las hierbas, y, en el desorden de la naturaleza, se entregaban a combates en los que yo mismo tomaba parte, pues tenía un cuerpo tan extraño como los suyos. De pronto, una singular armonía resonó en aquellas soledades, y parecía que los gritos, los rugidos y los chillidos confusos de los seres primitivos se modulasen ahora según esa melodía divina. Las variaciones se sucedían hasta el infinito, el planeta se iluminaba poco a poco, formas divinas se dibujaron sobre el verdor y sobre las profundidades de las arboledas, y, ya domados, todos los monstruos que había visto se despojaban de sus extrañas formas y se convertían en hombres y mujeres; otros revestían, en su transformación, la apariencia de animales salvajes, de peces y pájaros. ¿Quién, pues, había hecho aquel milagro? Una diosa radiante guiaba, en esos nuevos *avatares*, la rápida evolución de los humanos. Se estableció entonces una distinción de razas que, partiendo del orden de los pájaros, comprendía también los animales, los peces y los reptiles: eran los Deves, los Peris, las Ondinas y las Salamandras; cada vez que uno de esos seres moría, renacía inmediatamente bajo una forma más bella y cantaba la gloria de los dioses. Sin embargo, uno de los *Elohim* tuvo la idea de crear una quinta raza, compuesta de los elementos de la tierra, y a la que llamaron los *Afrites*. Fue la señal de una completa revolución entre los Espíritus que no quisieron reconocer a los nuevos poseedores del mundo. No sé cuántos miles de años duraron esos combates que ensangrentaron el globo. Tres de los *Elohim* con los espíritus de sus razas, fueron finalmente desterrados al sur de la tierra, donde fundaron vastos reinos. Se habían llevado los secretos de la divina *cábala* que enlaza los mundos, y sacaban su fuerza de la adoración de ciertos astros a los que todavía corresponden.

Esos nigromantes, desterrados a los confines de la tierra, se pusieron de acuerdo para transmitirse el poder. Rodeado de mujeres y esclavos, cada uno de sus soberanos tenía la seguridad de poder renacer bajo la forma de uno de sus hijos. Su vida duraba mil años. Al acercarse su muerte, poderosos cabalistas los enterraban en sepulcros bien guardados, donde los alimentaban con elixires y sustancias conservadoras. Así, durante mucho tiempo guardaban las apariencias de la vida; después, semejantes a la crisálida que hila su capullo, se dormían cuarenta días para renacer bajo la forma de un niño pequeño que más tarde era llamado al imperio.

Sin embargo, las fuerzas vivificantes de la tierra se agotaban en alimentar a esas familias, cuya sangre –siempre la misma–, irrigaba a los nuevos vástagos. En inmensos subterráneos, cavados bajo los hipogeos y las pirámides, habían acumulado todos los tesoros de las razas pasadas así como ciertos talismanes que los protegían contra la cólera de los dioses.

Era en el centro de África, más allá de las montañas de la Luna y de la antigua Etiopía, donde tenían lugar esos extraños misterios: mucho tiempo había gemido yo allí en el cautiverio, así como una parte de la raza humana. Las arboledas que yo había visto tan verdecientes no daban ya más que pálidas flores y marchita hojarasca. Un sol implacable devoraba esas regiones, y los débiles hijos de esas eternas dinastías parecían abrumados bajo el peso de la vida. Aquella grandeza imponente y monótona, regulada por la etiqueta y las hieráticas ceremonias, pesaba sobre todos sin que nadie se atravesase sustraerse a ella. Los ancianos languidecían bajo el peso de sus coronas y ornamentos imperiales, entre médicos y sacerdotes, cuyo saber les garantizaba la inmortalidad. En cuanto al pueblo, uncido para siempre en las divisiones de las castas, no podía contar ni con la vida, ni con la libertad. Al pie de los árboles heridos de muerte y esterilidad, en las bocas de los manantiales agostados, se veía ajarse sobre la hierba quemada a niños y muchachas debilitados y sin color. El esplendor de las

cámaras reales, la majestad de los pórticos, el brillo de los trajes y los adornos, no eran sino un débil consuelo de los hastíos eternos de esas soledades.

Pronto los pueblos se vieron diezmados por enfermedades, los animales y las plantas murieron, y hasta los mismos inmortales se consumían bajo sus pomposos ropajes. Una plaga más asoladora que las otras vino de pronto a rejuvenecer y salvar al mundo. La constelación de Orión abrió en el cielo las cataratas de las aguas; la tierra, demasiado cargada de los hielos del polo opuesto, dio media vuelta sobre sí misma, y los mares, desbordando sus riberas, se derramaron sobre las mesetas de África y Asia; la inundación penetró las arenas, colmó las tumbas y pirámides, y, durante cuarenta días, un arca misteriosa se paseó sobre los mares llevando la esperanza de una creación nueva.

Tres de los *Elohim* se habían refugiado en la cima más alta de las montañas de África, y un combate tuvo lugar entre ellos. Aquí mi memoria se enturbia, y no sé cuál fue el resultado de esa lucha suprema. Únicamente alcanzo a ver —de pie, sobre un pico bañado por las aguas—, a una mujer abandonada por ellos, que grita, con los cabellos sueltos, debatiéndose contra la muerte. Sus plañideros acentos dominaban el ruido de las aguas... ¿Sería finalmente salvada? Lo ignoro. Los dioses, sus hermanos, la habían condenado; pero encima de su cabeza brillaba la Estrella de la tarde, que derramaba sobre su frente rayos inflamados.

El himno interrumpido de la tierra y los cielos resonó armoniosamente para consagrar el pacto de las razas nuevas. Y mientras los hijos de Noé trabajaban penosamente bajo la luz de un sol nuevo, los nigromantes, agazapados todavía en sus moradas subterráneas, seguían guardando en ellas sus tesoros, y se recreaban en el silencio y la noche. A veces salían tímidamente de sus asilos y venían a amedrentar a los vivos o a propagar entre los malvados las funestas enseñanzas de su ciencia.

Esos eran los recuerdos que yo rememoraba gracias a una especie de vaga intuición del pasado; me estremecía al reproducir los aviesos rasgos de esas razas malditas. Por

todas partes moría, lloraba o languidecía la imagen sufriente de la Madre eterna. A través de las difusas civilizaciones de Asia y África, se veía renovarse siempre una escena sangrienta de orgía y matanza que los mismos espíritus reproducían cada vez bajo formas nuevas.

La última tenía lugar en Granada, donde el talismán sagrado se derrumbaba bajo los golpes enemigos de cristianos y moros. ¡Cuántos años aún tendría que sufrir al mundo, pues es preciso que la venganza de esos eternos enemigos se renueve bajo otros cielos! Son los trozos divididos de la serpiente que rodea la tierra... Separados por el hierro, vuelven a juntarse en un repulsivo beso cimentado por la sangre de los hombres.

IX

Tales fueron las imágenes que se mostraron sucesivamente a mis ojos. Poco a poco la calma había vuelto a mi espíritu, y al fin abandoné esa morada que era para mí un paraíso. Fatales circunstancias propiciaron, mucho tiempo después, una recaída que vino a reanudar la serie interrumpida de estas extrañas ensoñaciones. Me paseaba cierto día por el campo, preocupado por un trabajo que tenía que ver con las ideas religiosas. Al pasar por delante de una casa, oí a un pájaro que hablaba según unas palabras que le habían enseñado, pero cuyo confuso parloteo me pareció tener un sentido; me recordó al de la visión que he narrado con anterioridad, y sentí un estremecimiento de mal agüero. Algunos pasos más allá, me encontré a un amigo al que no veía desde hacía mucho tiempo y que se alojaba en una casa vecina. Quiso enseñarme su propiedad, y, durante esa visita, me hizo subir a una elevada terraza desde la que se divisaba un vasto horizonte. Era a la puesta del sol. Al bajar los escalones de una rústica escalera, di un paso en falso, y, en mi caída, acabé golpeándome el pecho contra la esquina de un mueble. Aún tuve fuerzas para levantarme y creyéndome herido de muerte me precipité hacia el jardín, pues quería, antes de morir, lanzar una última mirada al sol poniente. En medio de la pesadumbre que acarrea un momento tal, me sentía dichoso de morir así, en esa hora, y en medio de los árboles, los emparrados y las flores de otoño. Sin embargo, todo quedó reducido a un desvanecimiento, después del cual aún tuve la fuerza necesaria para regresar a mi casa y meterme en cama. La fiebre se apoderó de mí; al recordar en qué sitio había caído, me di cuenta entonces que la perspectiva que estaba admirando daba sobre un cementerio, el mismo donde se encontraba la tumba de Aurèlie. Sólo entonces pensé verdaderamente en ello, si no, hubiera podido atribuir mi caída a la impresión causada por ese descubrimiento. Eso mismo me sugirió la idea de una fatalidad más precisa. Lamenté tanto más que

la muerte no me hubiese reunido con ella. Después, reconsiderando el asunto, me dije que no era digno. Recordé con amargura la vida que había llevado desde su muerte, reprochándome, no el haberla olvidado –cosa que no había sucedido–, sino el haber ultrajado su memoria con amores ocasionales. Tuve entonces la ocurrencia de interrogar al sueño, pero *su* imagen, que con tanta frecuencia se me había aparecido, no regresaba ya en mis sueños. Sólo tuve al principio sueños confusos, mezclados con escenas sangrientas. Parecía que toda una raza fatídica se hubiera desencadenado en medio del mundo ideal que había visto antaño, y del que ella era soberana. El mismo Espíritu que me había amenazado –cuando entré en la morada de aquellas inmaculadas familias que habitaban las alturas de la *Ciudad misteriosa*–, pasó ante mí, ya no en aquella indumentaria blanca que llevaba antes, al igual que los de su raza, sino vestido como un príncipe de Oriente. Me abalancé hacia él, amenazándolo, pero él se volvió tranquilamente hacia mí... ¡Oh, terror!, ¡oh, rabia, era mi rostro, era toda mi apariencia idealizada y agrandada... Entonces me acordé de aquel que había sido detenido la misma noche que yo, y al que, según mi pensamiento, había hecho salir bajo mi nombre del cuerpo de guardia, cuando dos de mis amigos vinieron a buscarme. En la mano llevaba un arma cuya forma no podía distinguir, y uno de los que le acompañaban dijo: “Fue con eso con lo que golpeó”.

No sé cómo explicar que, en mi mente, los acontecimientos terrenales podían coincidir con los del mundo sobrenatural; es algo más fácil de *sentir* que de enunciar claramente. Pero ¿quién era pues ese espíritu que era yo y fuera de mí? ¿Era el *Doble* de las leyendas, o tal vez ese hermano místico que los orientales llaman *Feruer*? ¿No me había impresionado la historia de ese caballero que combatió toda una noche en un bosque contra un desconocido que era él mismo? Sea como sea, creo que la imaginación humana no ha inventado nada que no sea verdad, en este mundo o en los otros, y no podía dudar de lo que había *visto* con tanta nitidez.

Una idea terrible me asaltó entonces: “El hombre es doble”, me dije. “Siento dos hombres dentro de mí”, como dejó escrito un Padre de la Iglesia. La concurrencia de dos almas ha depositado ese germen mixto en un cuerpo que ofrece él mismo a la vista dos partes similares reproducidas en todos los órganos de su estructura. De hecho, hay en todo hombre un espectador y un actor, el que habla y el que responde. Los orientales han visto en ello dos enemigos: el genio bueno y el malo. “¿Soy el bueno?, ¿soy el malo? –me preguntaba-. En cualquier caso, *el otro* me es hostil... ¿Quién sabe si no se dan circunstancias o momentos en que esos dos espíritus se separan? Vinculados los dos al mismo cuerpo por una afinidad material, tal vez uno está destinado a la gloria y la felicidad, el otro a la destrucción y el sufrimiento eterno.” Un fatídico relámpago atravesó de pronto esa oscuridad... ¡Aurèlie ya no era mía...! Creía oír hablar de una ceremonia que tenía lugar en otra parte, y de los preparativos de unas bodas místicas que eran las mías, y donde *el otro* iba a aprovecharse del error de mis amigos y de la misma Aurèlie. Las personas más queridas que venían a verme y consolarme, me parecían presas de la incertidumbre, es decir que las dos partes de sus almas se separaban también con respecto a mí, una afectuosa y confiada, la otra como herida de muerte con respecto a mí. En lo que me decían esas personas, había un doble sentido, aunque sin embargo no se daban cuenta de ello, puesto que no estaban *en espíritu*, como yo. Por un instante, esta idea me pareció cómica, al pensar en Anfitrión y Sosia. Pero ¿y si ese símbolo grotesco fuera otra cosa, si –como en otras fábulas de la Antigüedad-, fuese la verdad ineluctable bajo una máscara de locura? “Pues bien –me dije-, luchemos contra el espíritu fatídico, luchemos contra el dios mismo con las armas de la tradición y la ciencia. Haga lo que haga en la sombra y en la noche, yo existo, y –para vencerle– dispongo de todo el tiempo que aún me sea dado vivir sobre la tierra.”

X

¿Cómo describir la extraña desesperación a que esas ideas me redujeron poco a poco? Un genio malo había ocupado mi lugar en el mundo de las almas; para Aurèlie, era yo mismo, y el espíritu desolado que vivificaba mi cuerpo, -debilitado, desdeñado y desconocido para ella-, se veía para siempre destinado a la desesperación y la nada. Empleé todas las fuerzas de mi voluntad para seguir penetrando el misterio del que había levantado algunos velos. El sueño se burlaba a veces de mis esfuerzos y no me procuraba más que imágenes fugitivas que hacían muecas. Sólo puedo dar aquí una idea bastante extraña de lo que resultó de tal aplicación de espíritu. Sentía que me deslizaba como s o b re una cuerda tensa cuya longitud era infinita. La tierra, atravesada por coloreadas vetas de metales en estado de fusión -como ya antes la había visto-, se iluminaba poco a poco gracias al crecimiento del fuego central, cuya blancura se fundía con las tonalidades color cereza que pintaban los flancos del orbe interior. Me asombraba de vez en cuando de encontrar vastos charcos de agua, suspendidos como lo están las nubes en el aire, y no obstante ofreciendo tal densidad que podrían desprenderse de ella copos; pero es claro que se trataba de un líquido diferente del agua terrestre, y que era sin duda la evaporación del que figuraba el mar y los ríos para el mundo de los espíritus.

Finalmente, llegué a la vista de un litoral extenso y montañoso cubierto de una especie de juncos de tonos verdegay, algo amarillosos en las extremidades como si los rayos del sol los hubiesen secado en parte; -pero, como las otras veces, tampoco vi el sol. Un castillo dominaba aquella costa que me decidí a remontar. En la vertiente opuesta, vi que se extendía una inmensa ciudad. Mientras franqueaba la montaña, había caído la noche, y veía ahora las luces de las casas y las calles. Al bajar, me encontré de pronto en un mercado donde se vendían frutas y legumbres parecidas a las que se dan en las regiones meridionales.

Bajé por una escalera oscura y me encontré en un dédalo de calles. Anunciaban la inauguración de un casino, y los detalles de su distribución se encontraban enunciados en distintos prospectos. El marco tipográfico estaba hecho de guirnaldas de flores tan bien representadas y coloreadas, que parecían naturales. Una parte del edificio estaba todavía en construcción. Me adentré en un taller donde vi a unos obreros que moldeaban en arcilla un animal enorme con forma de llama, pero que parecía deber estar provisto de grandes alas. Ese monstruo estaba como atravesado por un chorro de fuego que lo animaba poco a poco, de suerte que se retorció, traspasado por mil hilillos purpúreos que constituían las venas y arterias y fecundaban por decirlo así la inerte materia, la cual se revestía de una vegetación instantánea de apéndices fibrosos, de aletas y mechones como de lana. Me detuve a contemplar esa obra maestra, en la que parecían haberse aplicado los secretos de la creación divina. “Es que tenemos aquí –me dijeron– el fuego primitivo que animó a los primeros seres... Antaño llegaban hasta la superficie de la tierra, pero las fuentes se han agotado”. Vi también trabajos de orfebrería en los que se empleaban dos metales desconocidos en la tierra: uno rojo, que parecía corresponder al cinabrio, y el otro azul cielo. Los ornamentos no eran ni martillados ni cincelados, sino que se formaban, se coloreaban y se expandían como las plantas metálicas que se pueden conseguir de ciertas combinaciones químicas...

– ¿No crearán también hombres? –pregunté a uno de los trabajadores. Y me contestó:

– Los hombres vienen de arriba y no de abajo: ¿acaso podemos crearnos a nosotros mismos? Aquí no hacemos sino formular –con los progresos sucesivos de nuestras industrias–, una materia más sutil que la que compone la corteza terrestre. Esas flores que le parecen naturales, ese animal que parecerá vivir, no serán sino productos del arte elevado al punto más alto de nuestros conocimientos, y cada cual los juzgará así..

Tales fueron, más o menos, las palabras que me fueron dichas, o cuya significación creí percibir. Luego me puse a recorrer las salas del casino y vi una gran muchedumbre, entre la cual distinguí a algunas personas que me eran conocidas, unas vivas, otras muertas en diferentes épocas. Las primeras parecían no verme, mientras que las otras me contestaban sin parecer reconocerme. Había llegado a la gran sala, tapizada de terciopelo de color amapola y bandas tramadas en oro, que formaban ricos dibujos. En su centro se encontraba un sillón en forma de trono. Algunos visitantes se sentaban en él para probar su elasticidad; pero, como los preparativos no estaban terminados, se dirigían a otras salas. Se hablaba de una boda y del esposo que, según decían, debía llegar para anunciar el comienzo de la fiesta. Inmediatamente, un infausto arrebato se apoderó de mí. Me imaginé que aquel al que esperaban era mi *doble*, que debía casarse con Aurèlie, y organicé un escándalo que pareció consternar a la concurrencia. Me puse a hablar presa de gran agitación, explicando mis agravios y reclamando la ayuda de los que me conocían. Un anciano me dijo:

– Pero esa no es manera de comportarse, está asustando a todo el mundo–. Entonces exclamé:

– Bien sé que me ha herido con sus armas, pero le espero sin miedo y conozco el signo que ha vencerlo.

En ese momento se presentó uno de los obreros del taller que había visitado al entrar, llevando una larga barra, cuya extremidad la conformaba una bola calentada al rojo vivo. Quise abalanzarme sobre él, pero la bola que mantenía en ristre amenazaba todo el tiempo mi cabeza. Parecía que a mi alrededor se burlaban de mi impotencia... Entonces retrocedí hasta el trono, con el alma colmada de un inexplicable orgullo, y levanté los brazos para hacer un signo que me parecía tener un poder mágico. El grito de una mujer –nítido y vibrante–, impregnado de un lacerante dolor, me despertó con sobresalto. Las sílabas de una palabra desconocida que estaba a punto de pronunciar expiraron en mis labios... Me precipité al suelo y comencé a rezar con fervor,

llorando cálidamente... Pero, ¿qué voz era aquella que acababa de resonar tan dolorosamente en la noche?

No pertenecía al sueño; era la voz de una persona viva, y sin embargo era para mí la voz y el acento de Aurèlie...

Abrí la ventana; todo estaba tranquilo, y el grito no volvió a repetirse. Me informé afuera: nadie había oído nada. Y sin embargo estoy convencido de que el grito era real, y que el aire de los vivos había vibrado con él... Sin duda, se me dirá que el azar bien pudo hacer que en ese mismo momento una mujer que tuviera algún dolor haya gritado en las cercanías de mi casa. Pero, según yo pensaba, los acontecimientos terrestres estaban ligados a los del mundo invisible. Es una de esas relaciones extrañas de las que yo mismo no me doy cuenta y que es más fácil señalar que definir...

¿Qué es lo que yo había hecho? Había turbado la armonía del universo mágico donde mi alma encontraba la certidumbre de una existencia inmortal. Estaba maldito quizás por haber querido penetrar un misterio terrible ofendiendo la ley divina; ¡no podía esperar ya sino ira y desprecio! Las sombras irritadas huían lanzando gritos y trazando en el aire círculos fatales, como los pájaros ante la proximidad de una tormenta.

SEGUNDA PARTE

¡Eurídice! ¡Eurídice!

I

¡La he perdido por segunda vez!

¡Todo se acabó, todo ha pasado! Soy yo ahora quien debe morir y morir sin esperanza. Pero ¿qué es la muerte? Si fuese la nada... ¡Dios lo quiera! Pero ni el mismo Dios puede hacer que la muerte sea la nada.

¿Por qué entonces era la primera vez, después de tanto tiempo, que pensaba en *él*?

El fatídico sistema que se había creado en mi espíritu no admitía esa majestad solitaria... o más bien venía a quedar absorbida en la suma de los seres: era el dios de Lucrecio, impotente y perdido en su inmensidad.

Ella, sin embargo, creía en dios, y un día sorprendí el nombre de Jesús en sus labios. Brotaba de ellos tan dulcemente que lloré. ¡Oh, Dios mío!, esas lágrimas... ¡Se secaron hace mucho tiempo! ¡Esas lágrimas, oh, Dios mío, devuélveme-las!

Cuando el alma –en su errancia– flota entre la vida y el sueño, entre el desorden del espíritu y el retorno a la fría reflexión, es en el pensamiento religioso donde debe buscarse un asilo; nunca he podido encontrarlo en esa filosofía, que no ofrece sino máximas de egoísmo o como mucho de reciprocidad, una experiencia vana, dudas amargas; lucha contra los dolores morales anonadando la sensibilidad; semejante a la cirugía, no sabe más que amputar el órgano que hace sufrir. Pero para nosotros, nacidos en tiempos de revolución y violencia, en que todas las creencias han sido quebrantadas, educados como mucho en esa fe incierta que se contenta con algunas prácticas exteriores,

y cuya adhesión indiferente es tal vez más culpable que la impiedad y la herejía, -es muy difícil, en cuanto sentimos su necesidad, reconstruir el edificio místico cuya imagen enteramente trazada admiten en sus corazones los simples y los inocentes. “¡El árbol de la ciencia no es el árbol de la vida!” Sin embargo, ¿acaso podemos rechazar de nuestro espíritu lo que tantas generaciones inteligentes han vertido en él de bueno o de funesto? La ignorancia no se aprende. Espero algo mejor de la bondad de Dios: tal vez estemos acercándonos a la época predicha en que la ciencia, habiendo cumplido su ciclo entero de síntesis y análisis, de creencia y negación, podrá depurarse a sí misma y hacer brotar del desorden y las ruinas la ciudad maravillosa del porvenir... No hay que tener en tan poco a la razón humana, como para creer que sale ganando algo al humillarse por completo, pues sería acusar su celestial origen... Dios apreciará la pureza de las intenciones sin duda, pues ¿qué padre se complacería en ver a su hijo abdicar ante él de todo razonamiento y orgullo? ¡El apóstol que quería tocar para creer no fue maldecido por eso!

¿Qué es lo que acabo de escribir? Son blasfemias. La humildad cristiana no puede hablar así. Semejantes pensamientos están lejos de conmover el alma. Llevan sobre la frente los relámpagos de orgullo de la corona de Satán... ¿Un pacto con Dios mismo? ¡Oh ciencia, oh vanidad!

Había reunido algunos libros de cábala. Me sumé en ese estudio, y llegué a persuadirme de que era verdad todo lo que -sobre eso- había acumulado el espíritu humano durante siglos. La convicción que me había forjado de la existencia del mundo exterior coincidía demasiado bien con mis lecturas como para que siguiese dudando de las revelaciones del pasado. Los dogmas y ritos de las diversas religiones me parecían relacionarse con ellas de tal manera que cada una poseía cierta porción de esos arcanos que constituían sus medios de expansión y defensa. Esas fuerzas podían debilitarse, disminuir o desaparecer, lo cual aca-

rreaba la invasión de ciertas razas por otras, ninguna podía ser victoriosa o vencida sino por el Espíritu.

“En cualquier caso –me decía–, es seguro que estas ciencias están alteradas por errores humanos. El alfabeto mágico, el jeroglífico misterico no nos llegan sino incompletos y falseados ya sea por el tiempo, ya sea por aquellos mismos que tienen interés en perpetuar nuestra ignorancia; encontremos la letra perdida o el signo borrado, recompongamos la gama disonante, y lograremos fuerza en el mundo de los espíritus”.

Así es como creía percibir las relaciones del mundo real con el mundo de los espíritus. La tierra, sus habitantes y su historia eran el teatro donde venían a cumplirse las acciones físicas que preparaban la existencia y la situación de los seres inmortales vinculados a su destino. Sin influir en el misterio impenetrable de la eternidad de los mundos, mi pensamiento se remontó a la época en que el sol –semejante a la planta que lo representa–, que con su cabeza inclinada sigue el curso de su marcha celeste, sembraba en la tierra los gérmenes fecundos de las plantas y los animales. No era otra cosa sino el fuego mismo que, siendo un compuesto de almas, formulaba instintivamente la morada común. El espíritu del Ser-Dios, reproducido y por decirlo así reflejado en la tierra, se convertía en el tipo común de las almas humanas, cada una de las cuales, más tarde, era a la vez hombre y Dios. Tales fueron los *Elohim*.

Cuando nos sentimos desdichados, pensamos en la desdicha de los otros. Había descuidado visitar a uno de mis amigos más queridos, de quien me habían dicho que estaba enfermo. Al dirigirme a la casa de salud donde lo trataban, me reprochaba vivamente esa falta. Me sentí más desolado aún cuando mi amigo me contó que la víspera había estado muy grave. Entré en una habitación de asilo, blanqueada con cal. El sol recortaba alegres ángulos en las paredes y se recreaba sobre un florero que una monja acababa de poner sobre la mesa del enfermo. Aquello parecía la celda de un anacoreta italiano. Su rostro enflaquecido, su

tez como de amarilloso marfil, realzado por el color negro de su barba y sus cabellos, sus ojos iluminados por un ascua de fiebre, y tal vez también el arreglo de un abrigo con capucha echado sobre sus hombros, le daban el aspecto de un ser en parte diferente del que había conocido. No era el alegre compañero de mis trabajos y placeres; había en él un apóstol. Me contó cómo, en lo más fuerte de los dolores de su enfermedad, se había visto dominado por un último arrebato que le pareció ser el momento supremo. Casi al instante, el dolor había cesado como por prodigio. Lo que me contó después es imposible de transcribir: un sueño sublime en los espacios más vagorosos del infinito, una conversación con un ser a la vez diferente y que participaba de él mismo, y al cual, creyéndose muerto, preguntaba dónde estaba Dios. “Pero si Dios está en todas partes –le respondía su espíritu–: está en ti mismo y en todos. Te escucha, te juzga, te aconseja; es tú y yo, que pensamos y soñamos juntos, –¡y nunca nos hemos separado, y somos eternos!”

No puedo citar ningún otro fragmento de esa conversación, que acaso escuché o comprendí mal. Sólo sé que me produjo una impresión muy viva. No me atrevo a atribuir a mi amigo las conclusiones que, tal vez equivocadamente, saqué de sus palabras. Incluso ignoro si el sentimiento que de ellas deriva es o no conforme a las ideas cristianas... “¡Dios está con él –exclamé–... pero ya no está conmigo! ¡Oh, desdicha!, ¡lo he expulsado yo mismo, lo he amenazado, lo he maldecido! ¡Era ciertamente él, ese hermano místico, que se alejaba cada vez más de mi alma y que me advertía en vano! ¡Ese esposo preferido, ese rey glorioso, ése es el que me juzga y me condena, y el que se lleva para siempre a su cielo a aquella que él me hubiera dado y de la que ahora soy indigno!”

II

No puedo describir el abatimiento en que me sumieron estas ideas. “Comprendo –me dije–: he preferido la criatura al creador. He deificado a mi amor y adoré, según los ritos paganos, a aquella cuyo primer suspiro estuvo consagrado a Cristo. Pero si esa religión dice la verdad, Dios aún puede perdonarme. Puede devolvérmela si me humillo ante él. Quizá entonces su espíritu volverá a mí”. Comencé mi errancia por las calles, al azar, imbuido de este pensamiento. Una comitiva fúnebre cruzó mi camino; se dirigía al cementerio donde ella había sido sepultada. “Ignoro –me decía– quién es ese muerto que llevan a la fosa, pero ahora sé con certeza que los muertos nos ven y nos oyen; tal vez se sienta contento de verse seguido por un hermano de sufrimientos, más triste que cualquiera de los que le acompañan”. Esta idea me hizo derramar cálidas lágrimas, lo que sin duda les llevó a creer que yo era uno de los mejores amigos del difunto...¡Oh, lágrimas benditas!, ¡hacía mucho tiempo que vuestra dulzura me era negada...! Mi cabeza se despejó: un rayo de esperanza me guiaba de nuevo. Me sentía con ánimos para rezar, y me recreé haciéndolo con arrobo.

Ni siquiera me informé de aquel cuyo duelo había seguido. El cementerio donde había entrado resultaba sagrado para mí por varias razones. Tres parientes de mi familia materna habían sido enterrados en él; pero no podía ir a rezar sobre sus tumbas, pues habían sido trasladados desde hacía algunos años a una tierra alejada, lugar de su origen. Busqué mucho tiempo la tumba de Aurèlie sin poder encontrarla. Las disposiciones del cementerio habían sido cambiadas, o tal vez también mi memoria sufría de extravío... Me parecía que ese azar, ese olvido se sumaban a mi mi condena. No me atreví a decir a los guardas el nombre de una fallecida sobre la no tenía religiosamente ningún derecho... Aunque recordé que tenía en mi casa la indicación precisa de la situación de la tumba, y hacia allí me

encaminé, con el corazón palpitante y la cabeza como perdida. Ya lo dije antes: había rodeado a mi amor de supersticiones extrañas. Así, en un cofrecillo que *le* había pertenecido, conservaba su última carta. ¿Me atreveré a confesar, además, que había convertido ese cofre en una especie de relicario que me recordaba largos viajes en los que su pensamiento me había seguido? Había allí: una rosa cortada en los jardines de Schubrah, un trozo de moldura traído de Egipto, unas hojas de laurel cogidas a orillas del río de Beirut, dos pequeños cristales dorados –de los mosaicos de Santa Sofía–, un rosario y no sé cuántas cosas más... Y, como es evidente, el papel que me fue entregado el día en que fue cavada su tumba, a fin de que pudiese encontrarla... Me azoré, me estremecí al dispersar ese loco amasijo. Cogí los dos papeles, y, en el momento de dirigirme de nuevo hacia el cementerio, cambié de opinión. “No –me dije–, no soy digno de arrodillarme sobre la tumba de una cristiana. ¡No añadamos una nueva profanación a tantas otras...!” Y para apaciguar la tormenta que rugía en mi cabeza, me alejé a algunas leguas de París, a una pequeña ciudad donde había pasado algunos días felices durante mi juventud, en casa de unos viejos parientes, muertos después. Me gustaba –y fueron muchas las veces que estuve allí– ver ponerse el sol cerca de su casa. Había una terraza sombreada por los tilos que me traía igualmente la memoria de algunas muchachas, de parientes, entre la que había crecido. Una de ellas...

Mas cómo comparar ese vagoroso amor de infancia con el que devoró mi juventud: ¿acaso había pensado siquiera tal cosa?... Me dispuse a ver declinar el sol sobre el valle que poco a poco se veía colmado de vapores y sombras; finalmente desapareció, inundando de carmíneos reflejos la copa de los bosques que bordeaban las altas colinas. La más sombría tristeza vino a habitar en mi corazón. Fui a dormir a una hostería donde era conocido. El hostelero me habló de uno de mis antiguos amigos, vecino de la ciudad, que, como consecuencia de desafortunadas especulaciones, se había matado descerrajándose un tiro... La noche me

trajo sueños terribles, de los que sólo he conservado un recuerdo confuso. Me vi de pronto en una sala desconocida donde charlaba con alguien del mundo exterior: el amigo del que acabo de hablar, quizá. Un espejo de grandes proporciones se encontraba detrás de nosotros. Al lanzar una mirada casual hacia el mismo, me pareció reconocer a A***. Parecía triste y pensativa, y de pronto, ya sea que saliese del espejo, ya sea que al pasar por la sala se hubiese reflejado en él un momento antes, esa figura dulce y querida se encontró cerca de mí. Me tendió la mano, dejó caer sobre mí una mirada dolorosa y me dijo:

- Volveremos a vernos más tarde... en la casa de tu amigo. En un instante me representé su boda, la maldición que nos separaba... y me dije: "¿Será posible que vaya a volver a mí?" -¿Acaso me has perdonado? -le pregunté entre lágrimas. Pero todo había desaparecido. Me encontré en un lugar desierto, en una áspera pendiente sembrada de rocas, en medio de los bosques. Una casa, que me parecía conocer, dominaba ese paraje desolado. Yo iba y venía por intrincables vericuetos. Cansado de andar entre las piedras y las zarzas, trataba de encontrar un camino menos abrupto entre los senderos del bosque. "Me esperan allá", pensaba. De pronto, sonó una hora... Me dije: *¡Es demasiado tarde!* Unas voces me respondieron: *¡La has perdido!* Me rodeó una noche profunda, la casa lejana brillaba como iluminada para una fiesta y repleta de invitados que habían llegado a tiempo. "¡La he perdido! -exclamé-, ¿y por qué?... Comprendo: ha hecho un último esfuerzo por salvarme, pero yo he dejado pasar el momento supremo en que el perdón era todavía posible. Desde lo alto del cielo, ella podía interceder por mí ante el Esposo divino... ¿Qué importa ahora mi salvación misma? El abismo ha recibido su presa. ¡Está perdida para mí y para todos...! Me parecía verla a la luz de un relámpago, pálida y moribunda, arrastrada por sombríos jinetes... El grito de dolor y rabia que lancé en aquel momento me despertó jadeante.

- ¡Dios mío, Dios mío, por ella, y sólo por ella, Dios mío, perdona! -exclamé cayendo de hinojos en el suelo.

Amanecía. Por un impulso que me es difícil explicar, decidí destruir en aquel mismo instante los dos papeles que había sacado la víspera del cofrecillo: la carta, ¡ay!, que volví a leer mojándola de lágrimas, y el papel fúnebre que llevaba el sello del cementerio. “¿Intentar encontrar su tumba ahora...? -me decía-. ¡Era ayer cuando tenía que haber vuelto allí: y mi sueño fatal no es más que el reflejo de este fatídico día!”.

III

La llama devoró aquellas reliquias de amor y muerte, que se vinculaban a las fibras más dolorosas de mi corazón. Me fui a pasear por el campo mis penas y mis tardíos remordimientos, buscando en la caminata y la fatiga el entumecimiento de la imaginación, la certidumbre tal vez para la noche siguiente de un sueño menos funesto. Con esa idea que me había formado del sueño como cuerpo conductor que abre al hombre una comunicación con el mundo de los espíritus, esperaba... ¡seguía esperando! Tal vez Dios se contentaría con ese sacrificio... Aquí me detengo; hay demasiado orgullo en pretender que el estado de espíritu en que me encontraba tuviese por causa únicamente un recuerdo amoroso. Digamos más bien que involuntariamente adornaba con él los remordimientos más graves de una vida locamente disipada en la que el mal había triunfado con harta frecuencia, y cuyas faltas yo sólo reconocía al sentir los golpes de la desgracia. Ya no me sentía digno ni siquiera de pensar en aquella a la que atormentaba en su muerte después de haberla afligido en su vida. Y cuya última mirada de perdón se la debí tan sólo a su dulce y santa piedad.

La noche siguiente, sólo pude dormir unos pocos instantes. Una mujer que me había cuidado siendo yo joven me apareció en el sueño y me reprochó una falta muy grave que había cometido antaño. Yo la reconocía, a pesar de que parecía mucho más vieja que en los últimos tiempos en que la había visto. Eso mismo me hacía pensar amargamente que había descuidado ir a visitarla en sus últimos instantes. Me pareció que me decía: "No lloraste a tus ancianos padres tan vivamente como lloraste a esa mujer. ¿Cómo puedes, pues, esperar perdón?" Entonces el sueño se hizo confuso. Figuras de personas que había conocido en diversas épocas pasaron rápidamente ante mis ojos. Desfilaban, iluminándose, palideciendo y volviendo a hundirse en la noche como las cuentas de un rosario cuyo hilo se ha roto.

Vi después formarse vagamente imágenes plásticas de la Antigüedad que se esbozaban, se fijaban y parecían representar símbolos de los que difícilmente captaba el significado. Finalmente, creí que aquello quería decir: “Todo esto estaba hecho para enseñarte el secreto de la vida, y no has aprendido. Las religiones y las fábulas, los santos y los poetas se ponían de acuerdo para explicar el fatídico enigma, y tu has interpretado mal...¡Ahora es demasiado tarde!”

Me incorporé lleno de terror, diciéndome: “¡Es mi último día!” Con diez años de intervalo, la misma idea que tracé en la primera parte de este relato volvía a mí más positiva aún y más amenazante. Dios me había otorgado ese tiempo para arrepentirme, y yo no lo había aprovechado. ¡Después de la visita del *convidado de piedra*, me había vuelto a sentar en el festín!

IV

El sentimiento que resultó para mí de estas visiones y de las reflexiones que acarreaban durante mis horas de soledad era tan triste, que me sentía como perdido. Todos los actos de mi vida me aparecían bajo su aspecto más desfavorable, y en la especie de examen de conciencia a que me entregaba, la memoria me representaba los hechos más antiguos con una nitidez singular. No sé qué falsa vergüenza me impidió presentarme en el confesionario; el temor tal vez a comprometerme con los dogmas y las prácticas de una religión temible, contra ciertos principios de la cual yo había conservado prejuicios filosóficos. Mis primeros años estuvieron demasiado impregnados de las ideas nacidas de la Revolución, mi educación fue demasiado libre, mi vida demasiado errante como para aceptar fácilmente un yugo que en muchos puntos ofendería todavía mi razón. Me estremezco al pensar qué cristiano sería yo si ciertas ideas heredadas del librepensamiento de los dos últimos siglos, si el estudio también de las diferentes religiones no me detuvieran en esa pendiente. Nunca conocí a mi madre, que quiso seguir a mi padre en los ejércitos, como las mujeres de los antiguos germanos; murió de fiebre y agotamiento en una fría región de Alemania, y ni siquiera mi padre pudo encauzar en este asunto mis primeras ideas. Las regiones donde fui criado estaban llenas de leyendas extrañas y de raras supersticiones. Uno de mis tíos que tuvo enorme influencia en mi primera educación se ocupaba, para distraerse, de antigüedades romanas y celtas. Encontraba a veces en su propiedad, o en los alrededores, imágenes de dioses y emperadores que su admiración de erudito me hacía venerar, y cuya historia me enseñaban sus libros. Cierta Marte de bronce dorado, una Palas o Venus armada, un Neptuno y una Anfitríte esculpidos encima de la fuente de la aldea, y sobre todo la figura gruesa y barbuda de un sonriente dios Pan a la entrada de una gruta, entre los festones del aristoloquiuo y la hiedra, eran los dioses domésti-

cos y protectores de aquel retiro. He de confesar que me inspiraban entonces más veneración que las pobres imágenes cristianas de la iglesia y los informes santos del frontispicio, que algunos conocedores pretendían que eran el Esus y el Cerunnos de los galos. Turbado en medio de esos diversos símbolos, un día pregunté a mi tío qué era Dios.

– Dios es el sol –me dijo–. Era la íntima convicción de un hombre honrado que había vivido como cristiano toda su vida, pero que había pasado por la Revolución, y que era de una comarca donde no pocos tenían la misma idea de la Divinidad. Lo cual no impedía que las mujeres y los niños acudiesen a la iglesia, y debí a una de mis tías algunas enseñanzas que me hicieron comprender las bellezas y grandezas del cristianismo. Después de 1815, un inglés que se encontraba en nuestra comarca me hizo aprender el Sermón de la Montaña y me regaló un Nuevo Testamento... Cito estos detalles sólo para señalar las causas de cierta irresolución que –con frecuencia–, cohabita en mí con el espíritu religioso más acendrado.

Quiero explicar cómo, alejado mucho tiempo del verdadero camino, me sentí de nuevo llevado a él por el recuerdo querido de una persona muerta, y cómo la necesidad de creer que seguía experimentando hizo entrar en mi espíritu el sentimiento preciso de diversas verdades que no había acogido cabalmente en mi alma. La desesperación y el suicidio son el resultado de ciertas situaciones fatídicas para quien no tiene fe en la inmortalidad, en sus zozobras y alegrías; creeré haber hecho algo bueno y útil aunque sólo sea capaz de enunciar ingenuamente la sucesión de ideas por las cuales he vuelto a encontrar la serenidad y una renovada fuerza que oponer a las desdichas venideras de la vida.

Las visiones que se habían sucedido en el transcurso de mis sueños me tenían reducido a tal desesperación, que apenas podía hablar; el trato con mis amigos no me inspiraba más que un disfrute epidérmico; mi espíritu enteramente ocupado de esas quimeras, se negaba a la menor concepción diferente; no podía leer ni comprender más de diez líneas

seguidas. Me decía sobre las más bellas cosas: "¡Qué importa! Eso no existe para mí!" Uno de mis amigos -Georges-, se propuso hacerme vencer ese desaliento. Así, me llevaba por diversos parajes de los alrededores de París, y aceptaba hablar solo, mientras yo respondía únicamente con monosílabos. Su rostro expresivo y casi cenobítico, un día mostró todo un abanico de tics ante ciertas cosas hartamente elocuentes que se le habían ocurrido contra esos años de escepticismo y desaliento político y social que siguieron a la Revolución de Julio. Yo había sido uno de los jóvenes de aquella época, y había experimentado sus ardores y amarguras. Se produjo en mí una pulsación interior; me dije que semejantes lecciones no podían darse sin una intención de la Providencia, y que sin duda hablaba en él un espíritu... Un día, estábamos almorzando bajo un emparrado, en un villorrio de los alrededores de París; una mujer se acercó a cantar junto a nuestra mesa, y no sé qué, en su voz rota pero seductora, me recordó la de Aurèlie. La miré: hasta sus rasgos tenían cierto parecido con los que yo había amado. Finalmente, acabaron por echarla de allí, y yo no me atreví a retenerla, pero me decía: "¡Quién sabe si *su espíritu* no está en esa mujer!", y me sentí dichoso de la limosna que había dado.

Después me dije: "He hecho muy mal uso de la vida, pero si los muertos perdonan, es sin duda a condición de que se reniegue para siempre del mal, y de que repare uno todo el que haya hecho. ¿Es posible...? Desde este momento, tratemos de no actuar mal, y devolvamos el equivalente de todo lo que podamos deber." Tenía una falta reciente para con una persona; no era más que una negligencia, pero empecé por ir a disculparme con ella. La alegría que recibí de esa reparación me hizo muchísimo bien; tenía un motivo para vivir y actuar en adelante: volvía a interesarme el mundo. No obstante, surgieron dificultades: acontecimientos inexplicables para mí parecieron confabularse para contrariar mis buenas intenciones. Mi estado de ánimo me hacía imposible la ejecución de trabajos a los que me había comprometido. Creyendo que ya estaba bien de salud, las per-

sonas se volvían más exigentes conmigo, y como había renunciado al engaño, a menudo me encontraba cogido en falta por personas que no temían aprovecharse de ello. El cúmulo de actos reparadores que tenía pendientes era tal que me aplastaba debido a mi impotencia. Ciertos acontecimientos políticos vinieron a influir indirectamente, tanto para afligirme como para quitarme los medios de poner orden en mis asuntos. La muerte de uno de mis amigos vino a completar esos motivos de desaliento. Volví a ver con pesadumbre su casa, sus cuadros, que me había enseñado con alegría un mes antes; pasé cerca de su féretro en el momento en que lo clavaban. Como era de mi edad y de mi época, me dije: “¿Qué sucedería si yo me muriera así de repente?” El domingo siguiente, me levanté presa de un dolor aciago. Fui a visitar a mi padre –cuya criada estaba enferma–, y que parecía de mal humor. Quiso ir él mismo a buscar leña a su granero, y lo único que pude hacer fue tenderle un leño que necesitaba. Salí consternado. Me encontré en la calle a un amigo que quería llevarme a cenar a su casa para distraerme un poco. Rechacé la invitación, y, sin haber comido, me dirigí hacia Montmartre. El cementerio estaba cerrado, lo que consideré como un mal presagio. Un poeta alemán me había facilitado algunas páginas que traducir y me había adelantado una suma sobre el trabajo. Tomé el camino de su casa para devolverle el dinero.

Al dar la vuelta en el fielato de Clichy, fui testigo de una pelea. Traté de separar a los contendientes, pero no lo conseguí. En ese momento, un obrero muy alto pasó por el mismo lugar donde se había armado la algarada, llevando sobre su hombro izquierdo a un niño ataviado con ropas de color jacinto. Me imaginé que era San Cristóbal llevando a Cristo, y que yo estaba condenado por haber carecido de fuerza en la escena que acababa de desarrollarse. A partir de ese instante volví a mi errancia, presa de la desesperación, por los terrenos baldíos que separan el arrabal del fielato. Era demasiado tarde para hacer la visita que había proyectado. Atravesando un dédalo de calles regresé hacia el centro de París.

A la altura de la calle de la Victoire, encontré a un cura, y en el desorden espiritual en que me encontraba, quise confesarme a él. Me dijo que no pertenecía a la parroquia y que iba a pasar una velada en casa de alguien; que, si quería consultarlo al día siguiente en Notre-Dame, sólo tenía que preguntar por el abate Dubois.

Desesperado, me dirigí llorando hacia Notre-Dame de Lorette, donde fui a arrojarme a los pies del altar de la Virgen, pidiendo perdón por mis faltas. Algo en mí me decía: "La Virgen ha muerto y tus rezos son inútiles". Fui a arrodillarme en los últimos lugares del coro, e hice deslizar de mi dedo una sortija de plata cuyo sello llevaba grabadas estas tres palabras árabes: *Allah, Mohamed, Alí*. De inmediato varias velas se encendieron en el coro, y dio comienzo un oficio al que intenté unirme en espíritu. Una vez llegado al *Ave María*, el sacerdote se interrumpió en mitad de la oración y volvió a recomenzarla hasta siete veces sin que yo pudiese encontrar en mi memoria las palabras que seguían. Terminó después la oración, y el sacerdote dio una plática que me parecía aludir sólo a mí. Cuando se apagaron las velas, me levanté y salí, dirigiéndome hacia los Champs Elysées.

Al llegar a la plaza de la Concorde, mi único pensamiento era acabar con mi vida. En más de una ocasión me dirigí hacia el Sena, pero algo me impedía realizar ese designio. Las estrellas brillaban en el firmamento. De pronto me pareció que acaban de apagarse todas a la vez, como las velas que había visto en la iglesia. Creí que había llegado el ocaso de los tiempos, y que asistíamos al fin del mundo anunciado en el Apocalipsis de san Juan. Creía ver un sol negro en el cielo desierto, y un globo rojo de sangre por encima de las Tuileries. Me dije: "La noche eterna empieza, y va a ser terrible. ¿Qué sucederá cuando los hombres se den cuenta de que ya no hay sol?"

Regresé por la calle Saint-Honoré, y compadecía a los madrugadores campesinos con los que me cruzaba. Al llegar cerca del Louvre, caminé hasta la plaza, y allí me espe-

raba un extraño espectáculo. A través de nubes que eran arrastradas con rapidez por el viento, vi varias lunas que también pasaban raudamente. Pensé que la tierra se había salido de su órbita y que erraba en el firmamento como un bajel desarbolado, acercándose o alejándose de las estrellas que crecían o disminuían alternativamente... Durante dos o tres horas, contemplé aquel desorden y acabé por dirigirme al mercado de Les Halles. Los campesinos acarreaban sus mercancías y yo me decía: "Cuál no será su asombro al ver que la noche se prolonga..." Sin embargo, los perros ladraban aquí y allá y los gallos cantaban.

Muerto de cansancio, volví a mi casa y me eché sobre el lecho. Al despertar, me asomé de volver a ver la luz. Una especie de místico coro llegaba hasta mis oídos; unas voces infantiles repetían: ¡Cristo! ¡Cristo! ¡Cristo!... Se me ocurrió pensar que en la iglesia vecina (Notre-Dame des-Victoires) habían reunido a un gran número de niños para invocar a Cristo. "¡Pero Cristo ya no existe! -me dije-; ¡no lo saben todavía!" La invocación duró cerca de una hora. Me levanté finalmente y me fui a las galerías del Palais-Royal. Me dije que probablemente el sol conservaba todavía bastante luz para iluminar la tierra durante tres días, pero que gastaba su propia sustancia, y, en efecto, me parecía frío y descolorido. Calmé mi hambre con un pequeño pastel que me dio fuerzas para ir hasta la casa del poeta alemán. Al entrar, le dije que todo había terminado y que teníamos que prepararnos para morir. Llamó a su mujer, que me dijo:

- ¿Qué le ocurre?

- No sé -le dije-: estoy perdido.

Mandó buscar un carruaje, y una muchacha me acompañó a la casa Dubois.

V

Allí, mi enfermedad evolucionó con diversas alternativas. Al cabo de un mes estaba restablecido. Durante los dos meses que siguieron, reanudé mis peregrinaciones por los alrededores de París. El desplazamiento más largo que hice fue para visitar la catedral de Reims. Poco a poco volví a la escritura y concebí uno de mis mejores relatos. En cualquier caso, he de reconocer que lo escribí penosamente, casi siempre a lápiz, en hojas sueltas, siguiendo el azar de mi ensoñación o de mis paseos. Las correcciones acabaron por cansarme. Pocos días después de publicarlo, me sentí acometido por un recurrente insomnio.

Iba a pasear durante toda la noche por la colina de Montmartre y desde allí contemplaba el amanecer. También charlaba largamente con los campesinos y los obreros. En otras ocasiones me dirigía hacia Les Halles. Una noche, fui a cenar a un café del bulevar y me divertí lanzando al aire monedas de oro y de plata. Fui después al mercado y discutí con un desconocido, a quien le propiné una violenta bofetada; aún no sé cómo ese incidente no tuvo consecuencias. A cierta hora, oyendo las campanadas del reloj de Saint-Eustache, me dio por pensar en las guerras entre los borgoñones y los armagnac, y creía ver levantarse a mi alrededor los fantasmas de los combatientes de aquella época. Me dio por querellarme con un cartero que llevaba en el pecho una placa de plata, y al que tomé por el duque Juan de Borgoña. Quería impedirle entrar en un cabaré. Por una de esas cosas que no me explico, viendo que le amenazaba de muerte, su rostro se cubrió de lágrimas. Me sentí enternecido, y lo dejé pasar.

A continuación me dirigí al jardín de las Tuileries, que estaba cerrado, y seguí las calles situadas a orillas del río; subí después al Luxemburgo, luego regresé a almorzar con uno de mis amigos. Más tarde fui a Saint-Eustache, donde me arrodillé piadosamente ante el altar de la Virgen pensando en mi madre. Las lágrimas que derramé tranquilizaron mi

alma, y, al salir de la iglesia, compré una sortija de plata. De allí, fui a visitar a mi padre, en cuya casa dejé un ramo de margaritas, pues estaba ausente. Desde allí me encaminé al Jardín des Plantes. Había mucha gente, y me quedé algún tiempo mirando al hipopótamo que se bañaba en un estanque. Fui después a visitar las galerías de osteología. La visión de los monstruos que albergan me hizo pensar en el diluvio, y, cuando salí, llovía a cántaros. Entonces me dije “¡Qué desgracia! ¡Todas esas mujeres y niños acabarán empapados...!” Luego me dije: “¡Pero si es algo peor! ¡Se trata del verdadero diluvio, que está comenzando!” El agua anegaba las calles vecinas; bajé corriendo la calle Saint-Victor, y, con la idea de detener lo que creía la universal inundación, arrojé en el lugar más profundo el anillo que había comprado en Saint-Eustache. Poco después amainó la tormenta, y un rayo de sol empezó a brillar.

La esperanza volvió a mi alma. Tenía cita a las cuatro en casa de mi amigo Georges; me encaminé hacia su domicilio. Al pasar ante el puesto de un vendedor de baratijas, compré dos abanicos de terciopelo, cubiertos con figuras jeroglíficas. Me pareció que era la consagración del perdón de los cielos. Llegué a casa de Georges a la hora convenida y le confié mi esperanza. Estaba mojado y cansado. Me cambié de ropa y me acosté en su cama. Durante el sueño, tuve una visión excelsa. Se me aparecía la diosa y me decía: “Soy la misma que María, la misma que tu madre, la misma también que bajo todas las formas has amado siempre. A cada una de tus pruebas, he abandonado una de las máscaras con que velo mis rasgos, y pronto me verás tal como soy”. Un vergel fantástico salía de las nubes detrás de ella, una luz dulce y penetrante iluminaba ese paraíso, y sin embargo yo no oía más que su voz, pero me sentía sumido en una embriaguez deliciosa... Me desperté poco después y dije a Georges:

- Salgamos.- Mientras atravesábamos el Pont des Arts, le expliqué mi idea de la migración de las almas, y le decía:
- Me parece que esta noche tengo en mí el alma de Napoleón, que me inspira y ordena grandes cosas.

En la calle du Coq compré un sombrero, y mientras Georges recibía la vuelta de la moneda de oro que yo había arrojado sobre el mostrador, continué mi camino y llegué a las galerías del Palais Royal.

Allí, me pareció que todo el mundo me miraba. Una idea persistente se había alojado en mi espíritu, y es que ya no había muertos; recorría la galería de Foy diciendo: "He cometido una falta", y no podía descubrir cuál al consultar mi memoria que yo creía que era la de Napoleón... "¡Hay algo que no he pagado en este mundo!" Entré en el café de Foy con esta idea, y creí reconocer en uno de los parroquianos al padre Bertin, del *Journal des Debats*. Después atravesé el jardín y observé con cierto interés los corros de las niñas. Acto seguido salí de las galerías y me dirigí a la calle Saint-Honoré. Entré en una tienda para comprar un puro, y, cuando salí, la multitud era tan compacta que estuve a punto de quedar asfixiado. Tres de mis amigos me sacaron del apuro respondiendo de mí y me hicieron entrar en un café mientras uno de ellos iba a buscar un carruaje. Me llevaron al hospital de la Charité.

Durante la noche mi delirio fue en aumento, y sobre todo por la mañana, cuando me di cuenta de que estaba atado. Finalmente, logré desembarazarme de la camisa de fuerza, y, a primera hora, me paseé por las salas. La idea de que me había vuelto semejante a un dios y de que tenía el poder de curar me llevó a imponer las manos a algunos enfermos, y, acercándome a una estatua de la Virgen, la despojé de su corona de flores artificiales para apoyar el poder del que me creía dotado. Caminé a grandes pasos, hablando con animación de la ignorancia de los hombres que creían poder curar sólo con la ciencia, y, viendo sobre una mesa un frasco de éter, me lo tomé de un trago. Un interno, cuyo rostro comparé al de los ángeles, quiso detenerme, pero la fuerza nerviosa me sostenía y, a punto de derribarlo, me detuve, diciéndole que no comprendía cuál era mi misión. Se acercaron entonces unos médicos, y yo proseguí mi diatriba sobre la impotencia de su arte. Después bajé las escaleras, aunque estaba descalzo. Al llegar ante un arriate, me

adentré en él y cogí flores sin dejar de pasearme por el césped.

Uno de mis amigos había regresado a buscarme. Salí entonces del arriate, y, mientras yo le hablaba, me echaron encima una camisa de fuerza, luego me hicieron subir a un carruaje y me llevaron a una casa de salud situada en las afueras de París. Comprendí –al verme entre los alienados–, que hasta ese momento todo lo que me había sucedido era producto de la alucinación. Sin embargo, las promesas que yo atribuía a la diosa Isis me parecían realizarse a través de una serie de pruebas que estaba destinado a sufrir. Las acepté, pues, con resignación.

La parte del edificio donde yo me encontraba daba a un gran bulevar sombreado por nogales. En una esquina había una pequeña cabaña donde uno de los internados se paseaba en círculos todo el día. Otros se contentaban, como yo, con recorrer el terraplén o la terraza, bordeada por un talud de césped. Sobre un muro, situado a poniente, estaban dibujadas unas figuras, una de las cuales representaba la forma de la luna con unos ojos y una boca trazados geométricamente: sobre esa figura habían pintado una especie de máscara; el muro de la izquierda presentaba diversos dibujos de perfil, uno de los cuales representaba una especie de ídolo japonés. Más lejos estaba excavada en el yeso una calavera; en la cara opuesta, dos piedras de buen tamaño habían sido esculpidas por alguno de los huéspedes del jardín y representaban pequeños mascarones más o menos logrados. Dos puertas daban a bodegas, y me imaginé que eran de pasajes subterráneos semejantes a los que había visto a la entrada de las Pirámides.

VI

Me imaginé primero que las personas reunidas en ese jardín tenían todas alguna influencia sobre los astros y que el que giraba incesantemente en el mismo círculo regulaba allí la marcha del sol. Un anciano –que traían a ciertas horas del día y que hacía nudos consultando su reloj–, me pareció como encargado de comprobar la marcha de las horas. Me atribuí a mí mismo una influencia sobre el periplo de la luna, y creí que ese astro había sido herido por el rayo del Todopoderoso, que había trazado en su rostro la huella de la máscara que yo había observado. También atribuí un sentido místico a las conversaciones de los guardianes y a las de mis compañeros. Me parecía que eran los representantes de todas las razas de la tierra y que se trataba entre nosotros de fijar de nuevo el curso de los astros y de dar un desarrollo más grande al sistema. Un error se había deslizado, según me parecía, en la combinación general de los números, y de ahí venían todos los males de la humanidad. Creía también que los espíritus celestes habían adoptado formas humana y que asistían a ese congreso general, mientras parecían ocupados en vulgares tareas. Mi papel me parecía ser el de restablecer la armonía universal mediante el arte cabalístico y buscar una solución evocando las fuerzas ocultas de las diversas religiones.

Además del bulevar, teníamos igualmente una sala cuyas vidrieras rayadas perpendicularmente daban sobre un horizonte verdegay. Mirando a través de esos ventanales la línea de los edificios exteriores, veía recortarse la fachada y las ventanas en mil pabellones adornados de arabescos, y coronados de recortes y espadañas, que me recordaban los quioscos imperiales que bordean el Bósforo. Eso llevó mis pensamientos hacia temas orientales. Hacia las dos, me metieron en el baño, y creí estar atendido por las valquirias, hijas de Odín, que querían elevarme a la inmortalidad despojando poco a poco mi cuerpo de lo que tenía de impuro.

Me paseé por la noche colmado de serenidad a la luz de la luna, y, al levantar la mirada hacia los árboles, me parecía que las hojas se enroscaban caprichosamente de manera que formaban imágenes de jinetes y damas a lomos de caballos enjaezados. Eran para mí las figuras triunfantes de los ancestros. Ese pensamiento me llevó a otro: había una vasta conspiración de todos los seres animados para restablecer la primigenia armonía del mundo, y que las comunicaciones se realizaban a través del magnetismo de los astros, que una cadena ininterrumpida unía alrededor de la tierra a las inteligencias consagradas a esa comunicación general, y que los cantos, las danzas, las miradas, imantados por contacto progresivo, traducían la misma aspiración. La luna era para mí el refugio de las almas fraternas que, liberadas de sus cuerpos mortales, trabajaban con más libertad en la regeneración del universo.

Para mí, el tiempo de cada jornada parecía aumentado en dos horas; de suerte que al levantarme a las horas fijadas por los relojes de la casa, no hacía sino pasearme por el imperio de las sombras. Los compañeros que me rodeaban me parecían dormidos y semejantes a los espectros del Tártaro hasta la hora en que para mí amanecía el sol. Entonces saludaba a ese astro con una plegaria, y empezaba mi vida real.

Desde el momento en que estuve seguro de ese punto: de que estaba sometido a las pruebas de la iniciación sagrada, entró en mi espíritu una fuerza invencible. Me consideraba un héroe que vivía bajo la mirada de los dioses; todo en la naturaleza adquiría aspectos nuevos, y voces sagradas salían de la planta, del árbol, de los animales, de los más humildes insectos, para advertirme y alentarme. El lenguaje de mis compañeros tenía giros misteriosos cuyo sentido yo comprendía, los objetos sin forma y sin vida se prestaban también ellos a los cálculos de mi espíritu; de las combinaciones de guijarros, de las formas anguladas, de grietas o fisuras, del perfil de las hojas, de los colores, fragancias y sonidos, veía brotar armonías hasta entonces desconocidas. “¿Cómo he podido –me decía– vivir durante tanto tiempo

fuera de la naturaleza y sin identificarme con ella? Todo vive, todo actúa, todo se corresponde; los rayos magnéticos emanados de mí mismo o de los demás atraviesan sin obstáculo la cadena infinita de las cosas creadas; es una red transparente que cubre el mundo, y cuyos delgados hilos se comunican progresivamente a los planetas y las estrellas. ¡Cautivo en este momento en la tierra, converso con el coro de los astros, que participa de mis alegrías y zozobras!”

De pronto me estremecí al pensar que ese mismo misterio podía ser sorprendido. “Si la electricidad –me dije–, que es el magnetismo de los cuerpos físicos, puede sufrir una dirección que le impone leyes, con más razón pueden unos espíritus hostiles y tiránicos someter a las inteligencias y utilizar sus fuerzas divididas con un objetivo de dominio. Así es como fueron vencidos y sometidos los dioses antiguos por dioses nuevos; así –me dije también–, los nigromantes dominaban pueblos enteros, cuyas generaciones se sucedían cautivas bajo su eterno cetro. ¡Oh desdicha!, ¡ni siquiera la Muerte puede liberarlos!, pues volvemos a vivir en nuestros hijos como hemos vivido ya en nuestros padres, y la ciencia despiadada de nuestros enemigos sabe reconocernos en todas partes. La hora de nuestro nacimiento, el punto de la tierra donde venimos al mundo, el primer gesto, el nombre, la casa, y todas esas consagraciones, y todos los ritos que nos imponen, todo eso establece una serie dichosa o fatal de acontecimientos de donde depende el porvenir entero. Pero si eso es ya estéril según los cálculos puramente humanos, comprended lo que debe ser ateniéndonos a las fórmulas misteriosas que establecen el orden de los mundos. Se ha dicho con justicia: nada es indiferente, nada es impotente en el universo; “¡un átomo puede disolverlo todo; un átomo puede salvarlo todo!”

“¡Oh terror! Esta es la eterna distinción entre lo bueno y lo malo. ¿Mi alma es acaso la molécula indestructible, el glóbulo que hincha un poco de aire, pero que vuelve a encontrar su lugar en la naturaleza, o quizá ese vacío mismo, imagen de la nada que desaparece en la inmensidad? ¿O

será tal vez la partícula fatal destinada a sufrir, bajo todas sus transformaciones, las venganzas de los seres poderosos?" Me vi arrastrado a pedirme a mí mismo cuentas de mi vida, e incluso de mis existencias anteriores. Al probarme a mí mismo que yo era bueno, me probé que había debido serlo siempre. "Y si he sido malo -me dije-, ¿mi vida actual no sería una suficiente expiación...?" Este pensamiento me tranquilizó, pero no alejó de mí el temor de ser clasificado para siempre entre los desdichados. Me sentía sumergido en un agua fría, y un agua más fría aún chorreaba por mi frente. Entonces dirigí mi pensamiento a la eterna Isis, la madre y esposa sagrada; todas mis aspiraciones, todas mis plegarias se confundían en ese nombre mágico, me sentía revivir en ella, y a veces se me aparecía bajo la apariencia de la Venus antigua, a veces también bajo los rasgos de la Virgen de los cristianos. La noche me trajo más nítidamente esa figura querida, y sin embargo me decía: "¿Qué puede ella, vencida, oprimida tal vez por sus infortunados hijos?...". Pálida y desgarrada, la media luna se adelgazaba cada noche, y pronto desaparecería por completo; ¡tal vez no volveríamos a verla en el cielo! Sin embargo me parecía que ese astro era el refugio de todas las almas hermanas de la mía, y lo veía poblado de sombras quejumbrosas destinadas a renacer un día sobre la tierra... Mi habitación está en el extremo de un corredor habitado de un lado por los locos y, del otro, por los criados del sanatorio. Es la única que tiene el privilegio de una ventana, abierta del lado del patio, plantado de árboles, que sirve de paseo durante el día. Mis miradas se detienen con arrobo sobre un nogal frondoso y dos moreras chinas. Más allá, a través de un enrejado pintado de verde, se ve mal que bien una calle bastante animada. A poniente, el horizonte se ensancha; es como una aldea de ventanas revestidas de verdor o recargadas de jaulas, de harapos puestos a secar, y de donde se ve asomar por momentos algún perfil de joven o vieja ama de casa, alguna cabeza rosa de niño. Allí gritan, cantan, ríen a carcajadas; es alegre o triste de escuchar, según las horas o según las impresiones.

Encontré allí todos los despojos de mis diversas fortunas, los restos confusos de algunos muebles dispersados o revendidos desde hace veinte años. Es un cajón de sastre como el del doctor Fausto. Una mesa antigua de trípode con cabezas de águila, una consola sostenida por una esfinge alada, una cómoda del siglo XVII, una biblioteca del XVIII, una cama de la misma época, cuyo dosel, de bóveda ovalada, está revestido de seda roja (pero no ha podido armarse); una estantería rústica cargada de mayólicas y porcelanas de Sèvres, bastante deterioradas en su mayoría; un narguile traído de Constantinopla, una gran copa de alabastro, un florero de cristal; paneles de marquetería provenientes de la demolición de una vieja casa donde viví en los terrenos del Louvre, y cubiertos de pinturas mitológicas realizadas por amigos que hoy son célebres; dos grandes telas al estilo de Prud'hon, que representaban la Musa de la historia y la de la comedia... Me complací durante algunos días en ordenar todo eso, en crear en la exigua buhardilla un conjunto estrafalario que tiene algo de palacio y de choza, y que resume bastante bien mi errante existencia. Encima de la cama colgué mis ropas árabes, mis dos cachemiras laboriosamente zurzidas, un cayado de peregrino, un morral de caza. Encima de la biblioteca se despliega un vasto plano de El Cairo; una consola de bambú, colocada a mi cabecera, soporta una bandeja de la India barnizada donde puedo disponer mis utensilios de aseo. He encontrado con alegría estos humildes restos de mis años de alternativa miseria y fortuna, a los que se ligaban todos los recuerdos de mi vida. Sólo habían puesto aparte una pequeña pintura sobre cobre, a la manera de Correggio, que representa *Venus y el Amor*, unos entrepaños con escenas de cazadoras y sátiros, y una flecha que yo había conservado como recuerdo de la compañía de arqueros del Valois, de las que formé parte en mi juventud; las armas fueron vendidas cuando se promulgaron las nuevas leyes.

En resumen, que volvía a encontrar allí más o menos todo lo que había poseído en los últimos tiempos. Mis libros,

extravagante amontonamiento de la ciencia de todas las épocas: historia, viajes, religiones, cábala, astrología. Allí se codeaban los nombres de Pico della Mirandola, del maestro Meursius y Nicolás de Cusa: la torre de Babel en doscientos volúmenes, ¡me habían dejado todo eso! Como para volver loco a un sabio; sería cuestión de que haya también para volver sabio a un loco.

Con qué satisfacción pude dedicarme a clasificar en mis cajones el cúmulo de mis notas y correspondencias privadas o públicas, oscuras o ilustres, tal como las ha hecho el azar de los encuentros o de los lejanos países que he recorrido. En rollos mejor protegidos que los demás, vuelvo a encontrar cartas árabes, reliquias de El Cairo y Estambul. ¡Oh, felicidad!, ¡oh, mortal tristeza! Esas letras que amarillean, esos borradores desvaídos, esas cartas medio arrugadas, es el tesoro de mi único amor... Releámoslas... Faltan muchas cartas, otras muchas están desgarradas o con tachaduras; he aquí las que encontré:

.....

Una noche, hablaba y cantaba en una especie de éxtasis. Uno de los sirvientes del sanatorio vino a buscarme a mi celda y me obligó a bajar a una habitación de la planta baja, donde me encerró. Allí proseguí con mis quimeras, y aunque estaba de pie, me creía encerrado en algo así como un quiosco oriental. Tanteé todos los rincones y me convencí de que era octogonal. Un diván ocupaba las paredes en toda su extensión, y me pareció como si éstas estuvieran formadas de un vidrio espeso, más allá del cual se veía brillar tesoros, ropajes y colgaduras. Un paisaje iluminado por la luna aparecía ante mí a través de la celosía de la puerta, y creía reconocer la silueta de los troncos de árboles y rocas. Yo había estado ya allí en alguna otra existencia: ahora me parecía ver las profundas grutas de Ellorah. Poco a poco una azulosa claridad penetró en el quiosco dando lugar a la aparición de imágenes extrañas. Creí entonces encontrarme en medio de un inmenso osario donde la historia uni-

versal estaba escrita con trazos de sangre. Enfrente de mí estaba pintado el cuerpo de una mujer gigantesca, pero sus diversas partes estaban cortadas como con sable; otras mujeres de diversas razas y cuyos cuerpos se imponían cada vez más, conformaban en las otras paredes una cruenta amalgama de cabezas y miembros, desde las emperatrices y reinas hasta las más humildes campesinas. Era la historia de todos los crímenes, y bastaba fijar la mirada sobre tal o cual punto para ver dibujarse una representación trágica. "He aquí -me decía yo- lo que produce el poder otorgado a los hombres. Poco a poco han destruido y roto en mil pedazos el modelo de la belleza eterna, de modo que las razas degeneran cada vez más en cuanto a perfección y fuerza..." Y veía, en efecto, sobre una línea de sombra que se colaba por una de las rendijas de la puerta, la generación descendiente de las razas del porvenir.

Finalmente me vi arrancado a esta sombría contemplación. La figura bondadosa y amable de mi excelente médico me devolvió al mundo de los vivos. Me hizo asistir a un espectáculo que me interesó vivamente. Entre los enfermos se encontraba un hombre joven, antiguo soldado de África, que desde hacía seis semanas se negaba a tomar alimentos. Por medio de un largo tubo de caucho introducido en su estómago, le hacían tragar sustancias líquidas y nutritivas. Por lo demás, no podía ni ver ni hablar, y nada indicaba que pudiese oír.

Ese espectáculo me impresionó fuertemente. Abandonado hasta entonces al monótono círculo de mis sensaciones o sufrimientos morales, encontraba a un ser indefinible, taciturno y paciente, sentado como una esfinge ante las puertas supremas de la existencia. Nada más verle le amé a causa de su desdicha y abandono, y me sentí mejor al verme capaz de esa misericordia y simpatía. Me parecía, colocado así entre la vida y la muerte, como un intérprete sublime, como un confesor predestinado a escuchar esos secretos del alma que la palabra no se atrevería a transmitir o no lograría expresar. Era el oído de Dios sin la mediación del pensamiento de otro.

Yo me pasaba horas enteras haciendo examen de conciencia, con la cabeza inclinada sobre la suya y manteniendo sus manos entre las mías. Me parecía que cierto magnetismo unía nuestras almas, y me sentí encantado cuando por primera vez una palabra salió de su boca. Nadie quería creerlo, y yo atribuí a mi ardiente voluntad ese comienzo de curación. Aquella noche tuve un delicioso sueño, el primero desde hacía mucho tiempo. Me veía en una torre, tan profunda del lado de la tierra y tan alta del lado del cielo que toda mi existencia parecía haber de consumirse en subir y bajar. Estaba al cabo de mis fuerzas y a punto de sucumbir al desánimo, cuando se abrió una puerta lateral; entonces un espíritu se presenta y me dice:

- ¡Ven, hermano...!- No sé por qué se me ocurrió la idea de que se llamaba Saturnin. Tenía los rasgos del pobre enfermo, pero transfigurados y más inteligentes. Estábamos en un campo iluminado por el fulgor por las estrellas. Nos detuvimos a contemplar ese espectáculo, y el espíritu me impuso la mano sobre la frente como yo lo había hecho la víspera intentando magnetizar a mi compañero; de pronto, una de las estrellas que veía en el cielo se puso a crecer y la divinidad de mis sueños se me apareció sonriente, con indumentaria casi india, tal como la había visto antaño. Caminaba entre nosotros dos, y las praderas verdegay, las flores y los follajes se elevaban de la tierra a su paso... Entonces me dijo:

- La prueba a la que estabas sometido ha llegado a su término. Estas escaleras innumerables que te cansabas en bajar o subir eran los nexos de las antiguas quimeras que asolaban tu pensamiento, y ahora recuerda el día en que imploraste a la Virgen Santa y en que, creyéndola muerta, el delirio se apoderó de tu espíritu. Era preciso que tu anhelo le fuera trasladado por un alma simple y desligada de los lazos terrenales. Ésta se encontró cerca de ti, y por eso me es permitido a mí misma venir y alentarte.

La alegría que este sueño derramó en mi alma me procuró un despertar delicioso. El día comenzaba a despuntar. Quise tener un signo material de la aparición que tanto me

había consolado, y escribí en la pared estas palabras: “Me has visitado esta noche”.

Incluyo aquí, bajo el título de *Memorables*, las impresiones de varios sueños que siguieron al que acabo de relatar.

.....

MEMORABLES

Sobre un esbelto pico de Auvernia resonó la canción de los pastores. ¡*Pobre María*, reina de los cielos! A ti se dirigen piadosamente. Aquella melodía rústica llegó a oídos de los coribantes que, cantando a su vez, salen de las grutas secretas donde el Amor les dio cobijo... ¡Hosanna! ¡Paz en la tierra y gloria en los cielos!

En las montañas del Himalaya nació una delicada flor: ¡*Nomeolvides*! La tierna mirada de una estrella se fijó un instante en esa flor, y se dejó oír una respuesta en una dulce lengua extranjera: ¡*Miosotis*!

Una perla de plata brillaba en la arena; una perla de oro fulguraba en el cielo... El mundo había sido creado. ¡Castos amores, divinos suspiros!, inflamad la sagrada montaña... ¡pues tenéis hermanos en los valles, y hermanas tímidas que se ocultan en el corazón de los bosques!

Oh, árboles perfumados de Pafos, no valéis estos retiros donde se respira a pleno pulmón el aire vivificante de la patria - “¡Allá arriba, en los montes, / la gente está contenta, / y el silvestre rruiseñor/ me da la alegría que me falta”.

¡Oh, qué bella es mi gran amiga! Es tan grande, que perdona al mundo, y tan buena, que me ha perdonado... La otra noche, estaba acostada en no sé qué palacio, y no pude reunirme con ella. Mi caballo alazán flaqueaba bajo mi peso. Las riendas rotas flotaban sobre su grupa sudorosa, y tuve que hacer grandes esfuerzos para impedirle caer al suelo. Esa noche, el buen Saturnin vino en mi ayuda, y mi gran amiga se colocó a mi lado, sobre su yegua blanca con arre-

os de plata. Entonces me dijo: “¡Valor, hermano”!, que es la última etapa. Y sus grandes ojos devoraban el espacio, y dejaba volar en el aire su larga cabellera impregnada de fragancias del Yemen.

Reconocí los rasgos divinos de***. Volábamos al triunfo, y nuestros enemigos estaban a nuestros pies. La abubilla mensajera nos guiaba en lo alto de los cielos, y el arco de madera estallaba en las manos divinas de Apolión. El corno encantado de Adonis resonaba a través de los bosques.

“Oh, Muerte, ¿dónde está tu victoria?...”, puesto que el Mesías vencedor cabalgaba entre nosotros dos. Su manto era de jacinto azufrado, y sus muñecas, así como los tobillos de sus pies, refulgían de diamantes y rubíes. Cuando su varita ligera tocó la puerta de nácar de la nueva Jerusalén, quedamos los tres inundados de luz. Fue entonces cuando descendí entre los hombres para anunciarles la feliz buena nueva.

Despierto de un sueño muy dulce; he vuelto a ver a la que amaba transfigurada y radiante. El cielo se abrió en toda su gloria, y leí en él la palabra *perdón* escrita con la sangre de Jesucristo.

Una estrella brilló de pronto y me reveló el secreto del mundo y de los mundos. ¡Hosanna!. ¡paz en la tierra y gloria en los cielos!

Desde el corazón de las mudas tinieblas resonaron dos notas, una grave, la otra aguda: y el orbe eterno se puso a girar de inmediato. ¡Bendita seas, oh primera octava que comenzaste el himno divino! Del domingo al domingo enlaza todos los días en tu red mágica. Los montes lo cantan a los valles, los manantiales a los ríos, los ríos de poco cauce a los grandes ríos, y los grandes ríos al océano: el aire vibra y la luz quiebra armoniosamente las nacientes flores. Un suspiro, un estremecimiento de amor, sale del seno henchido de la tierra, y el coro de los astros se despliega en el infinito; se aparta y vuelve sobre sí mismo, se encoge y se dilata, y siembra a lo lejos los gérmenes de creaciones nuevas.

Sobre la cima de un azuloso monte nació una delicada flor: ¡Nomeolvides! La tierna mirada de una estrella se fijó un instante en la flor, y se dejó oír una respuesta en una dulce lengua extranjera: ¡*Miosotis!*

¡Desdichado seas, dios del Norte, que quebraste de un golpe de martillo la sagrada mesa compuesta de los siete metales más preciosos!, pues no has podido quebrar la *perla rosa* que reposaba en el centro! Ha rebotado bajo el hierro: y he aquí que nos hemos armado por ella... ¡Hosanna!

El *macrocosmos*, o mundo superior, ha sido construido por arte cabalístico; el *microcosmos*, o mundo inferior, es su imagen reflejada en todos los corazones. La perla rosa ha sido teñida con la sangre regia de las valquirias. ¡Desdichado seas, dios herrero, que has querido quebrar un mundo!

¡Sin embargo, el perdón de Cristo también ha sido pronunciado también para ti!

¡Bendito seas, pues, tú también, oh Thor, el gigante, -el más poderoso de los hijos de Odín! ¡Bendito seas en Hela, tu madre, pues a menudo la muerte es dulce, -y en tu hermano Loki, y en tu perro Garnur!

Asimismo es bendita la serpiente que rodea al mundo, pues afloja sus anillos y, con su hocico abierto aspira la flor de anxoka, la flor azufrada, ¡la deslumbrante flor del sol!

¡Que Dios proteja al divino Bálder, el hijo de Odín, y a la hermosa Freya!

.....

Me encontraba *en espíritu* en Saardam, que visité el año pasado. La nieve cubría la tierra. Una niña muy pequeña caminaba resbalando sobre la tierra endurecida, y se dirigía, creo, a la casa de Pedro el Grande. Su majestuoso perfil tenía algo de borbónico. Su cuello, de una palidez deslumbrante, apenas sobresalía de un manto de plumas de cisne. Con la palma de su mano rosa, protegía del viento una lámpara encendida y se disponía a llamar a la puerta verde de la casa, cuando una gata flaca que salía de allí se le enredó entre sus piernas y la hizo caer. “¡Vaya! ¡No es

más que un gato! –dijo la pequeña levantándose. “¡Un gato es algo!”, respondió una voz suave. Yo era testigo de esa escena, y llevaba en el brazo un pequeño gato gris que se puso a maullar. “¡Es hijo de esa vieja hada!”, dijo la niña. Y entró en la casa.

Esta noche mi sueño me trasladó primero a Viena. Es sabido que en cada una de las plazas de esa ciudad se levantan grandes columnas que llaman *perdone*s. Masas de mármol se acumulan reproduciendo el orden salomónico y soportan unas esferas donde presiden sentadas unas divinidades. De pronto, ¡oh maravilla! me puse a pensar en esa augusta hermana del emperador de Rusia, cuyo palacio imperial vi en Weimar. Una melancolía colmada de dulzura me hizo ver las coloreadas brumas de un paisaje de Noruega iluminado por una luz gris y suave. Las nubes se volvieron transparentes, y vi abrirse ante mí un profundo abismo donde se precipitaban tumultuosamente las aguas del helado Báltico. Parecía como si el río Neva, de azulosas aguas, hubiese de abismarse en esa fisura del globo. Las naves de Cronstadt y San Petersburgo se agitaban sobre sus anclas, a punto de desprenderse y desaparecer en el abismo, cuando una luz divina iluminó desde lo alto aquella escena de desolación.

Bajo el vivo rayo que traspasaba la bruma, vi aparecer inmediatamente la roca que soporta la estatua de Pedro el Grande. Por encima de ese sólido pedestal comenzaron a agruparse nubes que se elevaban hasta el cenit. Estaban cargadas de figuras radiantes y divinas, entre las cuales se distinguían las dos Catalinas y la emperatriz santa Elena, acompañadas de las más bellas princesas de Moscovia y Polonia. Sus dulces miradas, dirigidas hacia Francia, acercaban el espacio por medio de largos telescopios de cristal. Deduje de eso que nuestra patria se convertiría en el árbitro de la querrela oriental, y que esperaban de ella la solución. Mi sueño terminó con la dulce esperanza de que la paz nos sería finalmente concedida.

Así fue como me animé a una audaz tentativa. Resolví fijar el sueño y conocer su secreto. “¿Por qué –me dije– no for-

zar por fin esas puertas místicas, armado con toda mi voluntad, y dominar mis sensaciones en lugar de sufrirlas? ¿No es posible domar esa quimera seductora y temible, imponer una regla a esos espíritus de la noche que se burlan de nuestra razón? El sueño ocupa la tercera parte de nuestra vida. Es el consuelo de las zozobras de nuestras jornadas o la pena de sus placeres; pero nunca he experimentado que el sueño fuese un reposo. Después de un entumecimiento de algunos minutos, empieza una nueva vida, liberada de los condicionamientos del tiempo y el espacio, y semejante sin duda a la que nos espera después de la muerte. ¿Quién sabe si no existe un vínculo entre esas dos existencias y si no es posible para el alma anudarlo desde ahora?”

Desde aquel momento, me apliqué en buscar el sentido de mis sueños, y esa inquietud influyó en mis reflexiones del estado de vigilia. Creí comprender que existía entre el mundo externo y el interno una vinculación; que sólo la desatención o el desorden del espíritu falseaban sus relaciones aparentes... -y que así se explicaba también la extrañeza de ciertos cuadros, semejantes a esos turbios reflejos de objetos reales que se agitan sobre el agua en movimiento.

Tales eran las inspiraciones de mis noches; mis días transcurrían dulcemente en compañía de los pobres enfermos, entre los cuales me había hecho amigos. La conciencia de que ahora estaba purificado de las culpas de mi vida pasada me daba gozos morales infinitos; la certidumbre de la inmortalidad y de la coexistencia de todas las personas que amé un día me había llegado materialmente -por decirlo así-, y bendecía al alma fraterna que, desde el seno de la desesperación, me había hecho volver a las vías luminosas de la fe.

El pobre muchacho del que se había retirado -de modo tan singular- cualquier vestigio de vida inteligente, recibía cuidados que triunfaban poco a poco sobre su entorpecimien-

to. Habiéndome enterado de que había nacido en el campo, yo pasaba horas enteras cantándole antiguas canciones de aldea, a las que trataba de dar la expresión más conmovedora. Tuve la dicha de ver que las oía y que repetía ciertas partes de estos cantos. Un día, por fin, abrió los ojos durante un instante, y vi que eran azules como los del espíritu que se me había aparecido en sueños. Una mañana, pocos días después, mantuvo sus ojos completamente abiertos y ya no los cerró. Se puso a hablar enseguida, aunque sólo a intervalos, y me reconoció, tuteándome y llamándome hermano. Sin embargo, seguía sin decidirse a comer. Un día, de regreso del jardín, me dijo:

- Tengo sed.

Fui a traerle de beber; el vaso tocó sus labios sin que pudiese tragar.

- ¿Por qué -le dije- no quieres comer y beber como los demás?

- Es que estoy muerto -dijo-: he sido enterrado en tal cementerio, en tal lugar...

- Y ahora, ¿dónde crees estar?

- En el purgatorio, cumplo mi expiación.

Tales son las ideas estrafalarias que dan las enfermedades de esta clase. Reconocí en mí mismo que no había estado lejos de tan extraña persuasión. Los cuidados que había recibido me habían devuelto ya al afecto de mi familia y amigos, y podía juzgar más sanamente el mundo de ilusiones donde había vivido algún tiempo. En cualquier caso, me siento feliz de las convicciones que he adquirido, y comparo esta serie de pruebas que he atravesado con lo que -para los antiguos-, representaba la idea de un descenso a los infiernos.



Gérard de Nerval (París, 1808-1855), seudónimo de Gérard Labrunie, es tal vez el único poeta en el mundo que haya conseguido una admiración tan unánime con un logro tan breve: doce sonetos que conforman *Las quimeras*. Tras una traducción del primer *Fausto* de Goethe, –que le llevó a la celebridad–, el joven Nerval se convirtió en uno de los autores que más contribuyeron a la formación del espíritu romántico francés y a la difusión de la corriente romántica alemana en su país. Amigo de Dumas y Gautier, con quienes compartió una existencia intensa y desordenada que añoraría toda la vida, Nerval es el prototipo del “escritor maldito”: bohemio, pobre, loco y finalmente suicida. Durante su juventud mantuvo una apasionada amistad con Jenny Colon que le marcó profundamente. Su ruptura coincidió con una intensa etapa de viajes por Francia, Bélgica, Holanda, Inglaterra y Alemania, alternados con el oficio de periodista y las fuertes crisis de locura que le atormentarían hasta la muerte. Tras una crisis preliminar, en 1841, y la muerte de Jenny Colon, en 1842, Gérard de Nerval emprendió su conocido viaje al Cercano Oriente (El Cairo, Beirut y Constantinopla). Es entonces cuando comienza una verdadera carrera contra el tiempo en la que escribe o completa la totalidad de sus grandes obras: en 1851 reúne los artículos del *Viaje a Oriente*; en 1852, publica *Los iluminados*; en 1853 *Los pequeños castillos de Bohemia*; en 1854, *Las hijas del fuego* y el libro de sonetos *Las quimeras*, y a comienzos de 1855 aparece *Aurèlie*. Después de varios accesos de locura entre 1842-1854, el 25 de enero de 1855, Nerval se ahorca en un sórdido callejón de París. Pese a que en vida del autor *Sylvie* fuera considerada una “pequeña obra maestra”, su reconocimiento ha sido paulatino, gracias al “rescate” de *Las quimeras* por los simbolistas, a la valoración de Proust que consideró a Nerval como precursor, al menos en parte, y a los surrealistas que elevaron al autor al rango de pionero y gran visionario. Hoy en día, *El desdichado*, es quizá el soneto más famoso de la lengua francesa y *Aurèlie* –primera mirada moderna sobre la locura–, un gran clásico de nuestro tiempo.

Nerval encarna a un tipo de poeta que vive hasta las últimas consecuencias su sueño poético, en constante conflicto con una realidad hostil, creador de una obra original y única.

Aurèlie es una obra singular en la historia de la literatura: en ella razón y locura, sueño y lucidez, anhelo y recuerdo se funden en la unidad de un relato de turbadora belleza, que revela los abismos y los paraísos en los que habitaba, alucinado, el genio de su autor.

“Si un escritor, en las antípodas de las claras y fáciles acuarelas, ha tratado de definirse laboriosamente ante sí mismo, de esclarecer unos matices turbios, unas leyes profundas, unas impresiones casi inasibles del alma humana, es Gérard de Nerval.” (Marcel Proust)